



**Rosalía de Castro**

## **En las orillas del Sar**

I

A través del follaje perenne  
que oír deja rumores extraños,  
y entre un mar de ondulante verdura,  
amorosa mansión de los pájaros,  
desde mis ventanas veo 5  
el templo que quise tanto.

El templo que tanto quise...,  
pues no sé decir ya si le quiero,  
que en el rudo vaivén que sin tregua  
se agitan mis pensamientos, 10  
dudo si el rencor adusto  
vive unido al amor en mi pecho.

## II

Otra vez, tras la lucha que rinde  
y la incertidumbre amarga  
del viajero que errante no sabe 15  
dónde dormirá mañana,  
en sus lares primitivos  
halla un breve descanso mi alma.

Algo tiene este blando reposo  
de sombrío y de halagüeño, 20  
cual lo tiene, en la noche callada,  
de un ser amado el recuerdo,  
que de negras traiciones y dichas  
inmensas, nos habla a un tiempo.

Ya no lloro..., y no obstante, agobiado 25  
y afligido mi espíritu, apenas  
de su cárcel estrecha y sombría  
osa dejar las tinieblas  
para bañarse en las ondas  
de luz que el espacio llenan. 30

Cual si en suelo extranjero me hallase,  
tímida y hosca, contemplo  
desde lejos los bosques y alturas  
y los floridos senderos  
donde en cada rincón me aguardaba 35  
la esperanza sonriendo.

## III

Oigo el toque sonoro que entonces  
a mi lecho a llamarme venía  
con sus ecos que el alba anunciaban,  
mientras, cual dulce caricia, 40  
un rayo de sol dorado  
alumbraba mi estancia tranquila.

Puro el aire, la luz sonrosada,  
¡qué despertar tan dichoso!  
Yo veía entre nubes de incienso, 45  
visiones con alas de oro  
que llevaban la venda celeste  
de la fe sobre sus ojos...

Ese sol es el mismo, mas ellas  
no acuden a mi conjuro; 50  
y a través del espacio y las nubes,  
y del agua en los limbos confusos,  
y del aire en la azul transparencia,  
¡ay!, ya en vano las llamo y las busco.

Blanca y desierta la vía 55  
entre los frondosos setos  
y los bosques y arroyos que bordan  
sus orillas, con grato misterio  
atraerme parece y brindarme  
a que siga su línea sin término. 60

Bajemos, pues, que el camino  
antiguo nos saldrá al paso,  
aunque triste, escabroso y desierto,  
y cual nosotros cambiado,  
lleno aún de las blancas fantasmas 65  
que en otro tiempo adoramos.

#### IV

Tras de inútil fatiga, que mis fuerzas agota,  
caigo en la senda amiga, donde una fuente brota  
siempre serena y pura,  
y con mirada incierta, busco por la llanura 70  
no sé qué sombra vana o qué esperanza muerta,  
no sé qué flor tardía de virginal frescura  
que no crece en la vía arenosa y desierta.

De la oscura Trabanca tras la espesa arboleda,  
gallardamente arranca al pie de la vereda 75  
la Torre y sus contornos cubiertos de follaje,  
prestando a la mirada descanso en su ramaje

cuando de la ancha vega por vivo sol bañada  
que las pupilas ciega,  
atraviesa el espacio, gozosa y deslumbrada. 80

Como un eco perdido, como un amigo acento  
que sueña cariñoso,  
el familiar chirrido del carro perezoso  
corre en alas del viento y llega hasta mi oído  
cual en aquellos días hermosos y brillantes 85  
en que las ansias mías eran quejas amantes,  
eran dorados sueños y santas alegrías.

Ruge la Presa lejos..., y, de las aves nido,  
Fondóns cerca descansa;  
la cándida abubilla bebe en el agua mansa 90  
donde un tiempo he creído de la esperanza hermosa  
beber el néctar sano, y hoy bebiera anhelosa  
las aguas del olvido, que es de la muerte hermano;  
donde de los vencejos que vuelan en la altura,  
la sombra se refleja; 95  
y en cuya linfa pura, blanca, el nenúfar brilla  
por entre la verdura de la frondosa orilla.

## V

¡Cuán hermosa es tu vega, oh Padrón, oh Iria Flavia!  
Mas el calor, la vida juvenil y la savia  
que extraje de tu seno, 100  
como el sediento niño el dulce jugo extrae  
del pecho blanco y lleno,  
de mi existencia oscura en el torrente amargo  
pasaron, cual barrida por la inconstancia ciega,  
una visión de armiño, una ilusión querida, 105  
un suspiro de amor.

De tus suaves rumores la acorde consonancia,  
ya para el alma yerta tornóse bronca y dura  
a impulsos del dolor;  
secáronse tus flores de virginal fragancia; 110  
perdió su azul tu cielo, el campo su frescura,  
el alba su candor.

La nieve de los años, de la tristeza el hielo  
constante, al alma niegan toda ilusión amada,

todo dulce consuelo. 115  
Sólo los desengaños preñados de temores,  
y de la duda el frío,  
avivan los dolores que siente el pecho mío,  
y ahondando mi herida,  
me destierran del cielo, donde las fuentes brotan 120  
eternas de la vida.

## VI

¡Oh tierra, antes y ahora, siempre fecunda y bella!  
Viendo cuán triste brilla nuestra fatal estrella,  
del Sar cabe la orilla,  
al acabarme, siento la sed devoradora 125  
y jamás apagada que ahoga el sentimiento,  
y el hambre de justicia, que abate y que anonada  
cuando nuestros clamores los arrebatara el viento  
de tempestad airada.

Ya en vano el tibio rayo de la naciente aurora 130  
tras del Miranda altivo,  
valles y cumbres dora con su resplandor vivo;  
en vano llega mayo de sol y aromas lleno,  
con su frente de niño de rosas coronada,  
y con su luz serena: 135  
en mi pecho ve juntos el odio y el cariño,  
mezcla de gloria y pena,  
mi sien por la corona del mártir agobiada  
y para siempre frío y agotado mi seno.

## VII

Ya que de la esperanza, para la vida mía, 140  
triste y descolorido ha llegado el ocaso,  
a mi morada oscura, dismantelada y fría,  
tornemos paso a paso,  
porque con su alegría no aumente mi amargura  
la blanca luz del día. 145

Contenta el negro nido busca el ave agorera;

bien reposa la fiera en el antro escondido,  
en su sepulcro el muerto, el triste en el olvido  
y mi alma en su desierto.

[ II ]

Los unos altísimos,  
los otros menores,  
con su eterno verdor y frescura,  
que inspira a las almas  
agrestes canciones, 5  
mientras gime al chocar con las aguas  
la brisa marina de aromas salobres,  
van en ondas subiendo hacia el cielo  
los pinos del monte.

De la altura la bruma desciende 10  
y envuelve las copas  
perfumadas, sonoras y altivas  
de aquellos gigantes  
que el Castro coronan;  
brilla en tanto a sus pies el arroyo 15  
que alumbra risueña  
la luz de la aurora,  
y los cuervos sacuden sus alas,  
lanzando graznidos  
y huyendo la sombra. 20

El viajero, rendido y cansado,  
que ve del camino la línea escabrosa  
que aún le resta que andar, anhelara,  
deteniéndose al pie de la loma,  
de repente quedar convertido 25  
en pájaro o fuente,  
en árbol o en roca.

[ III ]

Era apacible el día  
y templado el ambiente,  
y llovía, llovía  
callada y mansamente;  
y mientras silenciosa 5  
lloraba yo y gemía,  
mi niño, tierna rosa,  
durmiendo se moría.

Al huir de este mundo, ¡qué sosiego en su frente!  
Al verle yo alejarse, ¡qué borrasca en la mía! 10

Tierra sobre el cadáver insepulto  
antes que empiece a corromperse... ¡tierra!  
Ya el hoyo se ha cubierto, sosegaos;  
bien pronto en los terrones removidos  
verde y pujante crecerá la hierba. 15

¿Qué andáis buscando en torno de las tumbas,  
torvo el mirar, nublado el pensamiento?  
¡No os ocupéis de lo que al polvo vuelve!  
Jamás el que descansa en el sepulcro  
ha de tornar a amaros ni a ofenderos. 20

¡Jamás! ¿Es verdad que todo  
para siempre acabó ya?  
No, no puede acabar lo que es eterno,  
ni puede tener fin la inmensidad.

Tú te fuiste por siempre; mas mi alma 25  
te espera aún con amoroso afán,  
y vendrás o iré yo, bien de mi vida,  
allí donde nos hemos de encontrar.

Algo ha quedado tuyo en mis entrañas  
que no morirá jamás, 30  
y que Dios, porque es justo y porque es bueno,  
a desunir ya nunca volverá.

En el cielo, en la tierra, en lo insondable  
yo te hallaré y me hallarás.  
No, no puede acabar lo que es eterno, 35  
ni puede tener fin la inmensidad.

Mas... es verdad, ha partido  
para nunca más tornar.  
Nada hay eterno para el hombre, huésped  
de un día en este mundo terrenal 40  
en donde nace, vive y al fin muere,  
cual todo nace, vive y muere acá.

[ IV ]

Una luciérnaga entre el musgo brilla  
y un astro en las alturas centellea;  
abismo arriba, y en el fondo abismo;  
¿qué es al fin lo que acaba y lo que queda?  
En vano el pensamiento 5  
indaga y busca en lo insondable, ¡oh ciencia!  
Siempre, al llegar al término, ignoramos  
qué es al fin lo que acaba y lo que queda.  
Arrodillada ante la tosca imagen,  
mi espíritu, abismado en lo infinito, 10  
impía acaso, interrogando al cielo  
y al infierno a la vez, tiemblo y vacilo.  
¿Qué somos? ¿Qué es la muerte? La campana  
con sus ecos responde a mis gemidos  
desde la altura, y sin esfuerzo el llanto 15  
baña ardiente mi rostro enflaquecido.  
¡Qué horrible sufrimiento! ¡Tú tan solo  
lo puedes ver y comprender, Dios mío!  
¿Es verdad que los ves? Señor, entonces,  
piadoso y compasivo 20  
vuelve a mis ojos la celeste venda  
de la fe bienhechora que he perdido,  
y no consientas, no, que cruce errante,  
huérfano y sin arrimo,  
acá abajo los yermos de la vida, 25  
más allá las llanadas del vacío.

Sigue tocando a muerto, y siempre mudo  
e impasible el divino  
rostro del Redentor, deja que envuelto  
en sombras quede el humillado espíritu. 30

Silencio siempre; únicamente el órgano  
con sus acentos místicos  
resuena allá de la desierta nave  
bajo el arco sombrío.

Todo acabó quizás, menos mi pena, 35  
puñal de doble filo;  
todo, menos la duda que nos lanza  
de un abismo de horror en otro abismo.

Desierto el mundo, despoblado el cielo,  
enferma el alma y en el polvo hundido 40  
el sacro altar en donde  
se exhalaban fervientes mis suspiros,  
en mil pedazos roto  
mi Dios cayó al abismo,  
y al buscarle anhelante, sólo encuentro 45  
la soledad inmensa del vacío.

De improviso los ángeles  
desde sus altos nichos  
de mármol, me miraron tristemente  
y una voz dulce resonó en mi oído: 50  
«Pobre alma, espera y llora  
a los pies del Altísimo;  
mas no olvides que al cielo  
nunca ha llegado el insolente grito  
de un corazón que de la vil materia 55  
y del barro de Adán formó sus ídolos.»

[ V ]

Adivínase el dulce y perfumado  
calor primaveral;  
los gérmenes se agitan en la tierra

con inquietud en su amoroso afán,  
y cruzan por los aires, silenciosos, 5  
átomos que se besan al pasar.

Hierve la sangre juvenil, se exalta  
lleno de aliento el corazón, y audaz  
el loco pensamiento sueña y cree  
que el hombre es, cual los dioses, inmortal. 10  
No importa que los sueños sean mentira,  
ya que al cabo es verdad  
que es venturoso el que soñando muere,  
infeliz el que vive sin soñar.

¡Pero qué aprisa en este mundo triste 15  
todas las cosas van!  
¡Que las domina el vértigo creyérase!  
La que ayer fue capullo, es rosa ya,  
y pronto agostará rosas y plantas  
el calor estival. 20

[ VI ]

Candente está la atmósfera;  
explora el zorro la desierta vía;  
insalubre se torna  
del limpio arroyo el agua cristalina,  
y el pino aguarda inmóvil 5  
los besos inconstantes de la brisa.

Imponente silencio  
agobia la campiña;  
sólo el zumbido del insecto se oye  
en las extensas y húmedas umbrías, 10  
monótono y constante  
como el sordo estertor de la agonía.

Bien pudiera llamarse, en el estío,  
la hora del mediodía,  
noche en que al hombre, de luchar cansado, 15

más que nunca le irritan  
de la materia la imponente fuerza  
y del alma las ansias infinitas.

Volved, ¡oh, noches del invierno frío,  
nuestras viejas amantes de otros días! 20  
Tornad con vuestros hielos y crudezas  
a refrescar la sangre enardecida  
por el estío insoportable y triste...  
¡Triste... lleno de pámpanos y espigas!

Frío y calor, otoño o primavera, 25  
¿dónde..., dónde se encuentra la alegría?  
Hermosas son las estaciones todas  
para el mortal que en sí guarda la dicha;  
mas para el alma desolada y huérfana  
no hay estación risueña ni propicia. 30

[ VII ]

Un manso río, una vereda estrecha,  
un campo solitario y un pinar,  
y el viejo puente rústico y sencillo  
completando tan grata soledad.

¿Qué es soledad? Para llenar el mundo 5  
basta a veces un solo pensamiento.  
Por eso hoy, hartos de belleza, encuentras  
el puente, el río y el pinar desiertos.

No son nube ni flor los que enamoran;  
eres tú, corazón, triste o dichoso, 10  
ya del dolor y del placer el árbitro,  
quien seca el mar y hace habitar el polo.

[ VIII ]

-Detente un punto, pensamiento inquieto;  
la victoria te espera,  
el amor y la gloria te sonrén.

¿Nada de esto te halaga ni encadena?

-Dejadme solo y olvidado y libre; 5  
quiero errante vagar en las tinieblas;  
mi ilusión más querida  
sólo allí dulce y sin rubor me besa.

[ IX ]

Moría el sol, y las marchitas hojas  
de los robles, a impulso de la brisa,  
en silenciosos y revueltos giros  
sobre el fango caían:  
ellas, que tan hermosas y tan puras 5  
en el abril vinieron a la vida.

Ya era el otoño caprichoso y bello.  
¡Cuán bella y caprichosa es la alegría!  
Pues en la tumba de las muertas hojas  
vieron sólo esperanzas y sonrisas. 10

Extinguióse la luz: llegó la noche  
como la muerte y el dolor, sombría;  
estalló el trueno, el río desbordóse  
arrastrando en sus aguas a las víctimas;  
y murieron dichosas y contentas... 15  
¡Cuán bella y caprichosa es la alegría!

[ X ]

Del rumor cadencioso de la onda  
y el viento que muge;  
del incierto reflejo que alumbra  
la selva o la nube;  
del piar de alguna ave de paso; 5  
del agreste ignorado perfume  
que el céfiro roba  
al valle o a la cumbre,  
mundos hay donde encuentran asilo  
las almas que al peso 10  
del mundo sucumben.

[ XI ]

Margarita

I

¡Silencio, los lebreles  
de la jauría maldita!  
No despertéis a la implacable fiera  
que duerme silenciosa en su guarida.  
¿No veis que de sus garras 5  
penden gloria y honor, reposo y dicha?

Prosiguieron aullando los lebreles...  
-¡los malos pensamientos homicidas!-  
y despertaron la temible fiera...  
-¡la pasión que en el alma se adormía!- 10  
Y ¡adiós! en un momento,  
¡adiós gloria y honor, reposo y dicha!

## II

Duerme el anciano padre, mientras ella  
a la luz de la lámpara nocturna  
contempla el noble y varonil semblante 15  
que un pesado sueño abruma.

Bajo aquella triste frente  
que los pesares anublan,  
deben ir y venir torvas visiones,  
negras hijas de la duda. 20

Ella tiembla..., vacila y se estremece...  
¿De miedo acaso, o de dolor y angustia?  
Con expresión de lástima infinita,  
no sé qué rezos murmura.  
Plegaria acaso santa, acaso impía, 25  
trémulo el labio a su pesar pronuncia,  
mientras dentro del alma la conciencia  
contra las pasiones lucha.

¡Batalla ruda y terrible  
librada ante la víctima, que muda 30  
duerme el sueño intranquilo de los tristes  
a quien ha vuelto el rostro la fortuna!

Y él sigue en reposo, y ella,  
que abandona la estancia, entre las brumas  
de la noche se pierde, y torna al alba, 35  
ajado el velo..., en su mirar la angustia.

Carne, tentación, demonio,  
¡oh!, ¿de cuál de vosotros es la culpa?  
¡Silencio...! El día soñoliento asoma  
por las lejanas alturas, 40  
y el anciano despierto, ella risueña,  
ambos su pena ocultan,  
y fingen entregarse indiferentes  
a las faenas de su vida oscura.

## III

La culpada calló, mas habló el crimen... 45  
Murió el anciano, y ella, la insensata,  
siguió quemando incienso en su locura,  
de la torpeza ante las negras aras,  
hasta rodar en el profundo abismo,  
fiel a su mal, de su dolor esclava. 50  
¡Ah! Cuando amaba el bien, ¿cómo así pudo  
hacer traición a su virtud sin mancha,  
malgastar las riquezas de su espíritu,  
vender su cuerpo, condenar su alma?  
Es que en medio del vaso corrompido 55  
donde su sed ardiente se apagaba,  
de un amor inmortal los leves átomos,  
sin mancharse, en la atmósfera flotaban.

[ XII ]

Sedientas las arenas, en la playa  
sienten del sol los besos abrasados,  
y no lejos, las ondas, siempre frescas,  
ruedan pausadamente murmurando.  
Pobres arenas, de mi suerte imagen: 5  
no sé lo que me pasa al contemplaros,  
pues como yo sufrís, secas y mudas,  
el suplicio sin término de Tántalo.

Pero ¿quién sabe...? Acaso luzca un día  
en que, salvando misteriosos límites, 10  
avance el mar y hasta vosotras llegue  
a apagar vuestra sed inextinguible.  
¡Y quién sabe también si tras de tantos  
siglos de ansias y anhelos imposibles,  
saciará al fin su sed el alma ardiente 15  
donde beben su amor los serafines!

[ XIII ]

## Los tristes

### I

De la torpe ignorancia que confunde  
lo mezquino y lo inmenso;  
de la dura injusticia del más alto,  
de la saña mortal de los pequeños,  
¡no es posible que huyáis! cuando os conocen 5  
y os buscan, como busca el zorro hambriento  
a la indefensa tórtola en los campos;  
y al querer esconderos  
de sus cobardes iras, ya en el monte,  
en la ciudad o en el retiro estrecho, 10  
¡ahí va! -exclaman- ¡ahí va!, y allí os insultan  
y señalan con íntimo contento  
cual la mano implacable y vengativa  
señala al triste y fugitivo reo.

### II

Cayó por fin en la espumosa y turbia 15  
recia corriente, y descendió al abismo  
para no subir más a la serena  
y tersa superficie. En lo más íntimo  
del noble corazón ya lastimado,  
resonó el golpe doloroso y frío 20  
que ahogando la esperanza  
hace abatir los ánimos altivos,  
y plegando las alas torvo y mudo,  
en densa niebla se envolvió su espíritu.

### III

Vosotros, que lograsteis vuestros sueños, 25  
¿qué entendéis de sus ansias malogradas?

Vosotros, que gozasteis y sufristeis,  
¿qué comprendéis de sus eternas lágrimas?

Y vosotros, en fin, cuyos recuerdos  
son como niebla que disipa el alba, 30  
¡qué sabéis del que lleva de los suyos  
la eterna pesadumbre sobre el alma!

#### IV

Cuando en la planta con afán cuidada  
la fresca yema de un capullo asoma,  
lentamente arrastrándose entre el césped, 35  
le asalta el caracol y la devora.

Cuando de un alma atea,  
en la profunda oscuridad medrosa  
brilla un rayo de fe, viene la duda  
y sobre él tiende su gigante sombra. 40

#### V

En cada fresco brote, en cada rosa erguida,  
cien gotas de rocío brillan al sol que nace;  
mas él ve que son lágrimas que derraman los tristes  
al fecundar la tierra con su preciosa sangre.

Henchido está el ambiente de agradables aromas, 45  
las aguas y los vientos cadenciosos murmuran;  
mas él siente que rugen con sordo clamoreo  
de sofocados gritos y de amenazas mudas.

¡No hay duda! De cien astros nuevos, la luz radiante  
hasta las más recónditas profundidades llega; 50  
mas sus hermosos rayos  
jamás en torno suyo rompen la bruma espesa.

De la esperanza, ¿en dónde crece la flor ansiada?  
Para él, en dondequiera al retoñar se agosta,  
ya bajo las escarchas del egoísmo estéril, 55

o ya del desengaño a la menguada sombra.

¡Y en vano el mar extenso y las vegas fecundas,  
los pájaros, las flores y los frutos que siembra!  
Para el desheredado, sólo hay bajo del cielo  
esa quietud sombría que infunde la tristeza. 60

## VI

Cada vez huye más de los vivos,  
cada vez habla más con los muertos,  
y es que cuando nos rinde el cansancio  
propicio a la paz y al sueño,  
el cuerpo tiende al reposo, 65  
el alma tiende a lo eterno.

## VII

Así como el lobo desciende a poblado,  
si acaso en la sierra se ve perseguido,  
huyendo del hombre que acosa a los tristes,  
buscó entre las fieras el triste un asilo. 70

El sol calentaba su lóbrega cueva,  
piadosa velaba su sueño la luna,  
el árbol salvaje le daba sus frutos,  
la fuente sus aguas de grata frescura.

Bien pronto los rayos del sol se nublaron, 75  
la luna entre brumas veló su semblante,  
secóse la fuente, y el árbol nególe,  
al par que su sombra, sus frutos salvajes.

Dejando la sierra buscó en la llanura  
de otro árbol el fruto, la luz de otro cielo; 80  
y a un río profundo, de nombre ignorado,  
pidióle aguas puras su labio sediento.

¡Ya en vano!, sin tregua siguióle la noche,  
la sed que atormenta y el hambre que mata;  
¡ya en vano!, que ni árbol, ni cielo, ni río, 85  
le dieron su fruto, su luz, ni sus aguas.

Y en tanto el olvido, la duda y la muerte  
agrandan las sombras que en torno le cercan,  
allá en lontananza la luz de la vida,  
hiriendo sus ojos feliz centellea. 90

Dichosos mortales a quien la fortuna  
fue siempre propicia... ¡Silencio!, ¡silencio!,  
si veis tantos seres que corren buscando  
las negras corrientes del hondo Leteo.

[ XIV ]

Los robles

I

Allá en tiempos que fueron, y el alma  
han llenado de santos recuerdos,  
de mi tierra en los campos hermosos,  
la riqueza del pobre era el fuego,  
que al brillar de la choza en el fondo, 5  
calentaba los rígidos miembros  
por el frío y el hambre ateridos  
del niño y del viejo.

De la hoguera sentados en torno,  
en sus brazos la madre arrullaba 10  
al infante robusto;  
daba vuelta, afanosa la anciana

en sus dedos nudosos, al huso,  
y al alegre fulgor de la llama,  
ya la joven la harina cernía, 15  
o ya desgranaba  
con su mano callosa y pequeña,  
del maíz las mazorcas doradas.

Y al amor del hogar calentándose  
en invierno, la pobre familia 20  
campesina, olvidaba la dura  
condición de su suerte enemiga;  
y el anciano y el niño, contentos  
en su lecho de paja dormían,  
como duerme el polluelo en su nido 25  
cuando el ala materna le abriga.

## II

Bajo el hacha implacable, ¡cuán presto  
en tierra cayeron  
encinas y robles!;  
y a los rayos del alba risueña, 30  
¡qué calva aparece  
la cima del monte!

Los que ayer fueron bosques y selvas  
de agreste espesura,  
donde envueltas en dulce misterio 35  
al rayar el día  
flotaban las brumas,  
y brotaba la fuente serena  
entre flores y musgos oculta,  
hoy son áridas lomas que ostentan 40  
deformes y negras  
sus hondas cisuras.

Ya no entonan en ellas los pájaros  
sus canciones de amor, ni se juntan  
cuando mayo alborea en la fronda 45  
que quedó de sus robles desnuda.  
Sólo el viento al pasar trae el eco  
del cuervo que grazna,  
del lobo que aúlla.

### III

Una mancha sombría y extensa 50  
borda a trechos del monte la falda,  
semejante a legión aguerrida  
que acampase en la abrupta montaña  
lanzando alaridos  
de sorda amenaza. 55

Son pinares que al suelo, desnudo  
de su antiguo ropaje, le prestan  
con el suyo el adorno salvaje  
que resiste del tiempo a la afrenta  
y corona de eterna verdura 60  
las ásperas breñas

Árbol duro y altivo, que gustas  
de escuchar el rumor del Océano  
y gemir con la brisa marina  
de la playa en el blanco desierto, 65  
¡yo te amo!, y mi vista reposa  
con placer en los tibios reflejos  
que tu copa gallarda iluminan  
cuando audaz se destaca en el cielo,  
despidiendo la luz que agoniza, 70  
saludando la estrella del véspero.

Pero tú, sacra encina del celta,  
y tú, roble de ramas añosas,  
sois más bellos con vuestro follaje  
que si mayo las cumbres festona 75  
salpicadas de fresco rocío  
donde quiebra sus rayos la aurora,  
y convierte los sotos profundos  
en mansión de gloria.

Más tarde, en otoño, 80  
cuando caen marchitas tus hojas,  
¡oh roble!, y con ellas  
generoso los musgos alfombras,  
¡qué hermoso está el campo;

la selva, qué hermosa! 85

Al recuerdo de aquellos rumores  
que al morir el día  
se levantan del bosque en la hondura  
cuando pasa gimiendo la brisa  
y remueve con húmedo soplo 90  
tus hojas marchitas  
mientras corre engrosado el arroyo  
en su cauce de frescas orillas,  
estremécese el alma pensando  
dónde duermen las glorias queridas 95  
de este pueblo sufrido, que espera  
silencioso en su lecho de espinas  
que suene su hora  
y llegue aquel día  
en que venza con mano segura, 100  
del mal que le oprime,  
la fuerza homicida.

#### IV

Torna, roble, árbol patrio, a dar sombra  
cariñosa a la escueta montaña  
donde un tiempo la gaita guerrera 105  
alentó de los nuestros las almas  
y compás hizo al eco monótono  
del canto materno,  
del viento y del agua,  
que en las noches del invierno al infante 110  
en su cuna de mimbre arrullaban.  
Que tan bello apareces, ¡oh roble!  
de este suelo en las cumbres gallardas  
y en las suaves graciosas pendientes  
donde umbrosas se extienden tus ramas, 115  
como en rostro de pálida virgen  
cabellera ondulante y dorada,  
que en lluvia de rizos  
acaricia la frente de nácar.

¡Torna presto a poblar nuestros bosques; 120  
y que tornen contigo las hadas  
que algún tiempo a tu sombra tejieron  
del héroe gallego

las frescas guirnaldas!

[ XV ]

Alma que vas huyendo de ti misma,  
¿qué buscas, insensata, en las demás?  
Si secó en ti la fuente del consuelo,  
secas todas las fuentes has de hallar.

¡Que hay en el cielo estrellas todavía, 5  
y hay en la tierra flores perfumadas!  
¡Sí!... Mas no son ya aquellas  
que tú amaste y te amaron, desdichada.

[ XVI ]

Cuando recuerdo del ancho bosque  
el mar dorado  
de hojas marchitas que en el otoño  
agita el viento con soplo blando,  
tan honda angustia nubla mi alma, 5  
turba mi pecho,  
que me pregunto:  
«¿Por qué tan terca,  
tan fiel memoria me ha dado el cielo?»

[ XVII ]

Del antiguo camino a lo largo,  
ya un pinar, ya una fuente aparece,  
que brotando en la peña musgosa

con estrépito al valle desciende,  
y brillando del sol a los rayos 5  
entre un mar de verdura se pierde,  
dividiéndose en limpios arroyos  
que dan vida a las flores silvestres  
y en el Sar se confunden, el río  
que cual niño que plácido duerme, 10  
reflejando el azul de los cielos,  
lento corre en la fronda a esconderse.

No lejos, en soto profundo de robles,  
en donde el silencio sus alas extiende,  
y da abrigo a los genios propicios, 15  
a nuestras viviendas y asilos campestres,  
siempre allí, cuando evoco mis sombras,  
o las llamo, respóndenme y vienen.

[ XVIII ]

Ya duermen en su tumba las pasiones  
el sueño de la nada;  
¿es, pues, locura del doliente espíritu,  
o gusano que llevo en mis entrañas?  
Yo sólo sé que es un placer que duele, 5  
que es un dolor que atormentando halaga,  
llama que de la vida se alimenta,  
mas sin la cual la vida se apagara.

[ XIX ]

Creyó que era eterno tu reino en el alma,  
y creyó tu esencia, esencia inmortal,  
mas, si sólo eres nube que pasa,  
ilusiones que vienen y van,  
rumores del onda que rueda y que muere 5  
y nace de nuevo y vuelve a rodar,

todo es sueño y mentira en la tierra,  
¡no existes, verdad!

[ XX ]

Ya sientes que te extingues en su seno,  
llama vital, que dabas  
luz a su espíritu, a su cuerpo fuerzas,  
juventud a su alma.

Ya tu calor no templará su sangre, 5  
por el invierno helada,  
ni harás latir su corazón, ya falto  
de aliento y de esperanza.

Mudo, ciego, insensible,  
sin goces ni tormentos, 10  
será cual astro que apagado y solo,  
perdido va por la extensión del cielo.

[ XXI ]

No subas tan alto, pensamiento loco,  
que el que más alto sube más hondo cae,  
ni puede el alma gozar del cielo  
mientras que vive envuelta en la carne.

Por eso las grandes dichas de la tierra 5  
tienen siempre por término grandes catástrofes.

¡Jamás lo olvidaré...! De asombro llena  
al escucharlo, el alma refugióse  
en sí misma y dudó...; pero al fin, cuando  
la amarga realidad, desnuda y triste,  
ante ella se abrió paso, en luto envuelta, 5  
presenció silenciosa la catástrofe,  
cual contempló Jerusalén sus muros  
para siempre entre el polvo sepultados.

¡Profanación sin nombre! Dondequiera  
que el alma humana, inteligente, rinde 10  
culto a lo grande, a lo pasado culto,  
esas selvas agrestes, esos bosques  
seculares y hermosos, cuyo espeso  
ramaje abrigo y cariñosa sombra  
dieron a nuestros padres, fueron siempre 15  
de predilecto amor, lugares santos  
que todos respetaron.

¡No! En los viejos  
robleales umbrosos, que hacen grata  
la más yerma región, y de los siglos  
guardan grabada la imborrable huella 20  
que en ellos han dejado, ¡nunca!, ¡nunca!  
con su acerado filo osada pudo  
el hacha penetrar, ni con certero  
y rudo golpe derribar en tierra,  
cual en campo enemigo, el árbol fuerte 25  
de larga historia y de nudosas ramas  
que es orgullo del suelo que le cría  
con savia vigorosa, y monumento  
que en sólo un día no levanta el hombre,  
pues es obra que Dios al tiempo encarga 30  
y a la madre inmortal naturaleza,  
artista incomparable.

Y sin embargo...

¡nada allí quedó en pie! Los arrogantes  
cedros de nuestro Líbano, los altos  
gigantescos castaños, seculares, 35  
regalo de los ojos; los robustos  
y centenarios robles, cuyos troncos  
de arrugas llenos, monstruos semejaban  
de ceño adusto y de mirada torva  
que hacen pensar en ignorados mundos; 40  
las encinas vetustas, bajo cuyas

ramas vagaron en silencio tantos  
tercos, impenitentes soñadores...  
¡todo por tierra y asolado todo!  
Ya ni abrigo, ni sombra, ni frescura; 45  
los pájaros huidos y espantados  
al ver deshecha su morada; el viento  
gimiendo desabrido, como gime  
en las desiertas lomas donde sólo  
áridos riscos a su paso encuentra; 50  
los narcisos y blancas margaritas  
que apiñadas brillaban entre el musgo  
cual brillan las estrellas en la altura;  
los lirios perfumados, las violetas,  
los miosotis, azules como el cielo 55  
-y que, bordando la ribera undosa,  
recordábanle al triste enamorado  
que de las aguas se sentaba al borde  
aquella dulce frase, ¡siempre inútil,  
mas repetida siempre!: «No me olvides»-, 60  
todo marchito y sepultado todo  
sin compasión bajo el terrible peso  
de los ya inertes troncos. La corriente  
mansa del Sar, entre sus ondas plácidas  
arrastrando en silencio los despojos 65  
del sagrado recinto, y de la dura  
hacha los golpes resonando huecos,  
cual suelen resonar los del martillo  
al remachar de un ataúd los clavos...

Ya en el paraje agreste y escondido 70  
que tanto hemos amado, ya en el bello  
lugar en donde con afán las almas  
buscaban un refugio, y en alegres  
bandadas, al llegar la primavera,  
en unión de los pájaros, las gentes, 75  
de aire, de flores y de luz ansiosas,  
iban a respirar vida y perfumes,  
de sus galas más ricas despojado  
hoy se levanta el monasterio antiguo  
como triste esqueleto. Aquel tan grato 80  
silencio misterioso que envolvía  
los agrietados muros, a regiones  
más dichosas quizás huyó ligero  
en busca de un asilo. Las campanas  
de eco vibrante y musical resuenan 85  
de una manera sorda en el vacío  
que sin piedad a su alrededor hicieron  
manos extrañas, y el rumor monótono  
de la fuente en el claustro solitario

parece sollozar por los jazmines, 90  
que, cual la nieve blancos, las cornisas  
musgosas adornaban, y parece  
triste llamar por la aldeana hermosa  
que lavaba sus lienzos en el agua  
siempre brillante del pilón de piedra 95  
que el roce de sus manos ha gastado  
y hoy buscan de otra fuente la frescura.

¡Lo vieron y callaron... con silencio  
que causaron asombro y que contrista el alma!

Si allá donde entre rosas y claveles 100  
arrastra el Turia sus revueltas ondas,  
nuestras manos talasen los jardines  
que plantaron los suyos, y aman ellos,  
su labio, al rostro, de desprecio llenas  
una tras otra injuria nos lanzaran 105  
-¡Bárbaros! -exclamando.  
Y si dijésemos  
que rosas y claveles perfumados  
no valdrán nunca, pese a su hermosura,  
lo que un campo de trigo, y allí en donde  
las flores compitieran con las bellas, 110  
arrastrando el arado, la amarilla  
mies con afán sembráramos.  
-Mezquinos  
aún más que torpes son -prorrumpirían  
los fieros hijos del jardín de España  
con rudo enojo levantando el grito. 115

Mas nosotros, si talan nuestros bosques  
que cuentan siglos... -¡quedan ya tan pocos!-  
y ajena voluntad su imperio ejerce  
en lo que es nuestro, cosas de la vida  
nos parecen quizás vanas y fútiles 120  
que a nadie ofenden ni a ninguno importan  
si no es al que las hace, a soñadores  
que sólo entienden de llorar sin tregua  
por los vivos y muertos... y aun acaso  
por las hermosas selvas que sin duelo 125  
indiferente el leñador destruye.

-Pero ¿qué...? -alguno exclamará indignado  
al oír mis lamentos-. ¿Por ventura  
la inmensa torre del reloj se ha hundido

y no hay ya quien señale nuestras horas 130  
soñolientas y tardas, como el eco  
bronco de su campana formidable;  
o en mis haciendas penetrando acaso  
osado criminal, ha puesto fuego  
a las extensas eras? ¿Por qué gime 135  
así importuna esa mujer?  
Yo inclino  
la frente al suelo y contristada exclamo  
con el Mártir del Gólgota: Perdónales,  
Señor, porque no saben lo que dicen;  
mas ¡oh, Señor! a consentir no vuelvas 140  
que de la helada indiferencia el soplo  
apague la protesta en nuestros labios,  
que es el silencio hermano de la muerte  
y yo no quiero que mi patria muera,  
sino que como Lázaro, ¡Dios bueno!, 145  
resucite a la vida que ha perdido;  
y con voz alta que a la gloria llegue,  
le diga al mundo que Galicia existe,  
tan llena de valor cual tú la has hecho,  
tan grande y tan feliz cuanto es hermosa. 150

[ XXIII ]

I

Unos con la calumnia le mancharon,  
otros falsos amores le han mentido,  
y aunque dudo si algunos le han querido,  
de cierto sé que todos le olvidaron.

Solo sufrió, sin gloria ni esperanza, 5  
cuanto puede sufrir un ser viviente;  
¿por qué le preguntáis qué amores siente  
y no qué odios alientan su venganza?

II

Si para que se llene y se desborde

el inmenso caudal de los agravios, 10  
quieren que nunca hasta sus labios llegue  
más que el duro y amargo  
pan, que el mendigo con dolor recoge  
y ablanda con su llanto,  
sucumbirá por fin, como sucumben 15  
los buenos y los bravos  
cuando en batalla desigual les hiere  
la mano del cobarde o del tirano.

Y ellos entonces vivirán dichosos  
su victoria cantando, 20  
como el cárabo canta en su agujero  
y la rana en su charco.  
Mas en tanto ellos cantan... -¡muchedumbre  
que nace y muere en los paternos campos  
siempre desconocida y siempre estéril!- 25  
triste la patria seguirá llorando,  
siempre oprimida y siempre  
de la ruindad y la ignorancia pasto.

[ XXIV ]

En su cárcel de espinos y rosas  
cantan y juegan mis pobres niños,  
hermosos seres, desde la cuna  
por la desgracia ya perseguidos.

En su cárcel se duermen soñando 5  
cuán bello es el mundo cruel que no vieron,  
cuán ancha la tierra, cuán hondos los mares,  
cuán grande el espacio, qué breve su huerto.

Y le envidian las alas al pájaro  
que traspone las cumbres y valles, 10  
y le dicen: -¿Qué has visto allá lejos,  
golondrina que cruzas los aires?

Y despiertan soñando, y dormidos  
soñando se quedan  
que ya son la nube flotante que pasa 15  
o ya son el ave ligera que vuela  
tan lejos, tan lejos del nido, cual ellos  
de su cárcel ir lejos quisieran.

-¡Todos parten! -exclaman-. ¡Tan sólo,  
tan sólo nosotros nos quedamos siempre! 20  
¿Por qué quedar, madre, por qué no llevarnos  
donde hay otro cielo, otro aire, otras gentes?

Yo, en tanto, bañados mis ojos, les miro  
y guardo silencio, pensando: -En la tierra  
¿adónde llevaros, mis pobres cautivos, 25  
que no hayan de ataros las mismas cadenas?  
Del hombre, enemigo del hombre, no puede  
libraros, mis ángeles, la egida materna.

[ XXV ]

Ya no mana la fuente, se agotó el manantial;  
ya el viajero allí nunca va su sed a apagar.

Ya no brota la hierba, ni florece el narciso,  
ni en los aires esparcen su fragancia los lirios.

Sólo el cauce arenoso de la seca corriente 5  
le recuerda al sediento el horror de la muerte.

¡Mas no importa!; a lo lejos otro arroyo murmura  
donde humildes violetas el espacio perfuman.

Y de un sauce el ramaje, al mirarse en las ondas,  
tiende en torno del agua su fresquísima sombra. 10

El sediento viajero que el camino atraviesa,  
humedece los labios en la linfa serena  
del arroyo que el árbol con sus ramas sombrea,  
y dichoso se olvida de la fuente ya seca.

[ XXVI ]

Cenicientas las aguas, los desnudos  
árboles y los montes cenicientos;  
parda la bruma que los vela y pardas  
las nubes que atraviesan por el cielo;  
triste, en la tierra, el color gris domina, 5  
¡el color de los viejos!

De cuando en cuando de la lluvia el sordo  
rumor suena, y el viento  
al pasar por el bosque  
silba o finge lamentos 10  
tan extraños, tan hondos y dolientes  
que parece que llaman por los muertos.

Seguido del mastín, que helado tiembla,  
el labrador, envuelto  
en su capa de juncos, cruza el monte; 15  
el campo está desierto,  
y tan sólo en los charcos que negrean  
del ancho prado entre el verdor intenso  
posa el vuelo la blanca gaviota,  
mientras graznan los cuervos. 20

Yo desde mi ventana,  
que azotan los airados elementos,  
regocijada y pensativa escucho  
el disorde concierto  
simpático a mi alma... 25  
¡Oh, mi amigo el invierno!,  
mil y mil veces bien venido seas,  
mi sombrío y adusto compañero.  
¿No eres acaso el precursor dichoso  
del tibio mayo y del abril risueño? 30

¡Ah, si el invierno triste de la vida,  
como tú de las flores y los céfiros,  
también precursor fuera de la hermosa  
y eterna primavera de mis sueños...!

[ XXVII ]

I

Era la última noche,  
la noche de las tristes despedidas,  
y apenas si una lágrima empañaba  
sus serenas pupilas.  
Como el criado que deja 5  
al amo que le hostiga,  
arreglando su hatillo, murmuraba  
casi con la emoción de la alegría:

-¡Llorar! ¿Por qué? Fortuna es que podamos  
abandonar nuestras humildes tierras; 10  
el duro pan que nos negó la patria,  
por más que los extraños nos maltraten,  
no ha de faltarnos en la patria ajena.

Y los hijos contentos se sonrén,  
y la esposa, aunque triste, se consuela 15  
con la firme esperanza  
de que el que parte ha de volver por ella.  
Pensar que han de partir, ése es el sueño  
que da fuerza en su angustia a los que quedan;  
cuánto en ti pueden padecer, oh, patria, 20  
¡si ya tus hijos sin dolor te dejan!

## II

Como a impulsos de lenta  
enfermedad, hoy cien, y cien mañana,  
hasta perder la cuenta,  
racimo tras racimo se desgrana. 25

Palomas que la zorra y el milano  
a ahuyentar van, del palomar nativo  
parten con el afán del fugitivo,  
y parten quizás en vano.

Pues al posar el fatigado vuelo 30  
acaso en el confín de otra llanura,  
ven agostarse el fruto que madura,  
y el águila cerniéndose en el cielo.

[ XXVIII ]

¡Volved!

## I

Bien sabe Dios que siempre me arrancan tristes  
lágrimas  
aquellos que nos dejan,  
pero aún más me lastiman y me llenan de luto  
los que a volver se niegan.

¡Partid, y Dios os guíe!..., pobres desheredados, 5  
para quienes no hay sitio en la hostigada tierra;  
partid llenos de aliento en pos de otro horizonte,  
pero... volved más tarde al viejo hogar que os llama.

Jamás del extranjero el pobre cuerpo inerte,

II

Volved, que os aseguro  
que al pie de cada arroyo y cada fuente  
de linfa transparente  
donde se reflejó vuestro semblante,  
y en cada viejo muro 15  
que os prestó sombra cuando niños erais  
y jugabais inquietos,  
y que escuchó más tarde los secretos  
del que ya adolescente  
o mozo enamorado, 20  
en el soto, en el monte y en el prado,  
dondequiera que un día  
os guió el pie ligero...,  
yo os lo digo y os juro  
que hay genios misteriosos 25  
que os llaman tan sentidos y amorosos  
y con tan hondo y dolorido acento,  
que hacen más triste el suspirar del viento  
cuando en las noches del invierno duro  
de vuestro hogar, que entristeció el ausente, 30  
discurren por los ámbitos medrosos,  
y en las eras sollozan silenciosos,  
y van del monte al río  
llenos de luto y siempre murmurando:  
«¡Partieron...! ¿Hasta cuándo? 35  
¡Qué soledad! ¿No volverán, Dios mío?»

Tornó la golondrina al viejo nido,  
y al ver los muros y el hogar desierto,  
preguntóle a la brisa: -¿Es que se han muerto?  
Y ella en silencio respondió: -¡Se han ido 40  
como el barco perdido  
que para siempre ha abandonado el puerto!

Camino blanco, viejo camino,  
desigual, pedregoso y estrecho,  
donde el eco apacible resuena  
del arroyo que pasa bullendo,  
y en donde detiene su vuelo inconstante, 5  
o el paso ligero,  
de la fruta que brota en las zarzas  
buscando el sabroso y agreste alimento,  
el gorrión adusto,  
los niños hambrientos, 10  
las cabras monteses  
y el perro sin dueño...

Blanca senda, camino olvidado,  
¡bullicioso y alegre otro tiempo!,  
del que solo y a pie de la vida 15  
va andando su larga jornada, más bello  
y agradable a los ojos parece  
cuanto más solitario y más yermo.

Que al cruzar por la ruta espaciosa  
donde lucen sus trenes soberbios 20  
los dichosos del mundo, descalzo,  
sudoroso y de polvo cubierto,  
¡qué extrañeza y profundo desvío  
infunde en las almas el pobre viajero!

[ XXX ]

Aún parece que asoman, tras del Miranda altivo,  
de mayo los albores, ¡y pasó ya setiembre!  
Aún parece que torna la errante golondrina,  
y en pos de otras regiones ya el raudo vuelo tiende.

Ayer flores y aromas, ayer canto de pájaros 5  
y mares de verdura y de doradas mieses;  
hoy nubes que sombrías hacia Occidente avanzan,  
el brillo del relámpago y el eco del torrente.

Pasó, pasó el verano rápido, como pasa  
un venturoso sueño del amor en la fiebre, 10  
y ya secas las hojas en las ramas desnudas,  
tiemblan descoloridas esperando la muerte.

¡Ah, cuando en esas noches tormentosas y largas  
la luna brille a intervalos sobre la blanca nieve,  
¡de cuántos, que dichosos ayer la contemplaron, 15  
alumbrarán la tumba sus rayos transparentes!

[ XXXI ]

Cerrado capullo de pálidas tintas,  
modesta hermosura de frente graciosa,  
¿por quién has perdido la paz de tu alma?  
¿a quién regalaste la miel de tu boca?

A quien te detesta quizás, y le causan 5  
enojo tus labios de cándido aroma,  
porque busca la rosa encendida  
que abre al sol de la tarde sus hojas.

[ XXXII ]

En sus ojos rasgados y azules,  
donde brilla el candor de los ángeles,  
ver creía la sombra siniestra  
de todos los males.

En sus anchas y negras pupilas, 5  
donde luz y tinieblas combaten,  
ver creía el sereno y hermoso  
resplandor de la dicha inefable.

Del amor espejismos traidores,  
risueños, fugaces... 10

cuando vuestro fulgor sobrehumano  
se disipa... ¡qué densas, qué grandes  
son las sombras que envuelven las almas  
a quienes con vuestros reflejos cegasteis!

[ XXXIII ]

Fue cielo de su espíritu, fue sueño de sus sueños,  
y vida de su vida, y aliento de su aliento;  
y fue, desde que rota cayó la venda al suelo,  
algo que mata el alma y que envilece el cuerpo.

De la vida en la lucha perenne y fatigosa, 5  
siempre el ansia incesante y el mismo anhelo siempre;  
que no ha de tener término sino cuando, cerrados,  
ya duerman nuestros ojos el sueño de la muerte.

[ XXXIV ]

-Te amo... ¿por qué me odias?  
-Te odio... ¿por qué me amas?  
Secreto es éste el más triste  
y misterioso del alma.

Mas ello es verdad... ¡Verdad 5  
dura y atormentadora!  
-Me odias, porque te amo;  
te amo, porque me odias.

[ XXXV ]

Nada me importa, blanca o negra mariposa,  
que dichas anunciándome o malhadadas nuevas,  
en torno de mi lámpara o de mi frente en torno,  
os agitéis inquietas.

La venturosa copa del placer para siempre 5  
rota a mis pies está,  
y en la del dolor llena... ¡llena hasta desbordarse!,  
ni penas ni amarguras pueden caber ya más.

[ XXXVI ]

Muda la luna y como siempre pálida,  
mientras recorre la azulada esfera  
seguida de su séquito  
de nubes y de estrellas,  
rencorosa despierta en mi memoria 5  
yo no sé qué fantasmas y quimeras.

Y con sus dulces misteriosos rayos  
derrama en mis entrañas tanta hiel,  
que pienso con placer que ella, la eterna,  
ha de pasar también. 10

[ XXXVII ]

Nos dicen que se adoran la aurora y el crepúsculo,  
mas entre el sol que nace y el que triste declina,  
medió siempre el abismo que media entre la cuna  
y el sepulcro en la vida.

Pero llegará un tiempo quizás, cuando los siglos 5  
no se cuenten y el mundo por siempre haya pasado,  
en el que nunca tornen tras de la noche el alba  
ni se hunda entre las sombras del sol el tibio rayo.

Si de lo eterno entonces en el mar infinito  
todo aquello que ha sido ha de vivir más tarde, 10  
acaso alba y crepúsculo, si en lo inmenso se encuentran,  
en uno se confundan para no separarse.

Para no separarse... ¡Ilusión bienhechora  
de inmortal esperanza, cual las que el hombre inventa!  
Mas ¿quién sabe si en tanto hacia su fin caminan, 15  
como el hombre, los astros con ser eternos sueñan?

[ XXXVIII ]

Una sombra tristísima, indefinible y vaga  
como lo incierto, siempre ante mis ojos va  
tras de otra vaga sombra que sin cesar la huye,  
corriendo sin cesar.  
Ignoro su destino... mas no sé por qué temo 5  
al ver su ansia mortal,  
que ni han de parar nunca, ni encontrarse jamás.

[ XXXIX ]

Las canciones que oyó la niña

Una

Tras de los limpios cristales  
se agitaba la blanca cortina,  
y adiviné que tu aliento  
perfumado la movía.

Sola estabas en tu alcoba, 5  
y detrás de la tela blanquísima  
te ocultabas, ¡cruel!, a mis ojos...  
mas mis ojos te veían.

Con cerrojos cerraste la puerta,  
pero yo penetré en tu aposento 10  
a través de las gruesas paredes,  
cual penetran los espectros;  
porque no hay para el alma cerrojos,  
ángel de mis pensamientos.

Codicioso admiré tu hermosura, 15  
y al sorprender los misterios  
que a mis ojos velabas... ¡perdóname!,  
te estreché contra mi seno.

Mas... me ahogaba el aroma purísimo  
que exhalabas de tu pecho, 20  
y hube de soltar mi presa  
lleno de remordimiento.

Te seguiré adonde vayas,  
aunque te vayas muy lejos,  
y en vano echarás cerrojos 25  
para guardar tus secretos;  
porque no impedirá que mi espíritu  
pueda llegar hasta ellos.

Pero... ya no me temas, bien mío,  
que, aunque sorprenda tu sueño, 30  
y aunque en tanto estés dormida  
a tu lado me tienda en tu lecho,  
contemplaré tu semblante,  
mas no tocaré tu cuerpo,  
pues lo impide el aroma purísimo 35  
que se exhala de tu seno.  
Y como ahuyenta la aurora

los vapores soñolientos  
de la noche callada y sombría,  
así ahuyenta mis malos deseos. 40

Otra

Hoy uno y otro mañana,  
rodando, rodando el mundo,  
si cual te amé no amaste todavía,  
al fin ha de llegar el amor tuyo.

¡Y yo no quiero que llegue... 45  
ni que ames nunca, cual te amé, a ninguno;  
antes que te abras de otro sol al rayo,  
véate yo secar, fresco capullo!

[ XL ]

La canción que oyó en sueños el viejo

A la luz de esa aurora primaveral, tu pecho  
vuelve a agitarse ansioso de glorias y de amor.  
¡Loco...!, corre a esconderte en el asilo oscuro  
donde ya no penetra la viva luz del sol.

Aquí tu sangre torna a circular activa, 5  
y tus pasiones tornan a rejuvenecer...  
huye hacia el antro en donde aguarda resignada  
por la infalible muerte la implacable vejez.

Sonrisa en labio enjuto hiela y repele a un tiempo;  
flores sobre un cadáver causan al alma espanto; 10

ni flores, ni sonrisas, ni sol de primavera  
busques cuando tu vida llegó triste a su ocaso.

[ XLI ]

I

Su ciega y loca fantasía corrió arrastrada por el  
vértigo,  
tal como arrastra las arenas el huracán en el desierto.

Y cual halcón que cae herido en la laguna pestilente,  
cayó en el cieno de la vida, rotas las alas para  
siempre.

Mas aun sin alas cree o sueña que cruza el aire, los  
espacios, 5  
y aun entre el lodo se ve limpio, cual de la nieve el  
copo blanco.

II

No maldigáis del que, ya ebrio, corre a beber con  
nuevo afán;  
su eterna sed es quien le lleva hacia la fuente  
abrasadora,  
cuanto más bebe, a beber más.

No murmuréis del que rendido ya bajo el peso de la  
vida 10  
quiere vivir y aun quiere amar;  
la sed del beodo es insaciable, y la del alma lo es aún  
más.

### III

Cuando todos los velos se han descorrido  
y ya no hay nada oculto para los ojos,  
ni ninguna hermosura nos causa antojos, 15  
ni recordar sabemos que hemos querido,  
aún en lo más profundo del pecho helado,  
como entre las cenizas la chispa ardiente,  
con sus puras sonrisas de adolescente,  
vive oculto el fantasma del bien soñado. 20

### [ XLII ]

En el alma llevaba un pensamiento,  
una duda, un pesar,  
tan grandes como el ancho firmamento  
tan hondos como el mar.

De su alma en lo más árido y profundo, 5  
fresca brotó de súbito una rosa,  
como brota una fuente en el desierto,  
o un lirio entre las grietas de una roca.

### [ XLIII ]

Cuando en las nubes hay tormenta  
suele también haberla en su pecho;  
mas nunca hay calma en él, aun cuando  
la calma reine en tierra y cielo;  
porque es entonces cuando torvos 5

cual nunca riñen sus pensamientos.

[ XLIV ]

Desbórdanse los ríos si engrosan su corriente  
los múltiples arroyos que de los montes bajan;  
y cuando de las penas el caudal abundoso  
se aumenta con los males perennes y las ansias,  
¿cómo contener, cómo, en el labio la queja?, 5  
¿cómo no desbordarse la cólera en el alma?

[ XLV ]

Busca y anhela el sosiego...,  
mas... ¿quién le sosegará?  
Con lo que sueña despierto,  
dormido vuelve a soñar;  
que hoy, como ayer y mañana 5  
cual hoy en su eterno afán  
de hallar el bien que ambiciona  
-cuando sólo encuentra el mal-  
siempre a soñar condenado,  
nunca puede sosegar. 10

[ XLVI ]

¡Aturde la confusa gritería  
que se levanta entre la turba inmensa!  
Ya no saben qué quieren ni qué piden;  
mas embriagados de soberbia, buscan  
un ídolo o una víctima a quien hieran. 5

Brutales son sus iras,  
y aun quizás mas brutales sus amores;  
no provoquéis al monstruo de cien brazos,  
como la ciega tempestad terrible,  
ya ardiente os ame o fríamente os odie. 10

[ XLVII ]

Cuando sopla el Norte duro  
y arde en el hogar el fuego,  
y ellos pasan por mi puerta  
flacos, desnudos y hambrientos,  
el frío hiela mi espíritu, 5  
como debe helar su cuerpo,  
y mi corazón se queda,  
al verles ir sin consuelo,  
cual ellos, opreso y triste,  
desconsolado cual ellos. 10

Era niño y ya perdiera  
la costumbre de llorar;  
la miseria seca el alma  
y los ojos además;  
era niño y parecía 15  
por sus hechos viejo ya.

Experiencia del mendigo,  
era precoz como el mal,  
implacable como el odio,  
dura como la verdad. 20

[ XLVIII ]

De la vida entre el múltiple conjunto de los seres,  
no, no busquéis la imagen de la eterna belleza,  
ni en el contento y harto seno de los placeres,  
ni del dolor acerbo en la dura aspereza.

Ya es átomo impalpable o inmensidad que asombra, 5  
aspiración celeste, revelación callada;  
la comprende el espíritu y el labio no la nombra,  
y en sus hondos abismos la mente se anonada.

[ XLIX ]

I

Quisiera, hermosa mía,  
a quien aun más que a Dios amo y venero,  
ciego creer que este tu amor primero,  
ser por mi dicha el último podría.  
Mas...  
-¡Qué! ¡Gran Dios, lo duda todavía! 5

-¡Oh!, virgen candorosa,  
¿por qué no he de dudarlo al ver que muero  
si aun viviendo también lo dudaría?

-Tu sospecha me ofende,  
y tanto me lastima y me sorprende 10  
oírla de tu labio,  
que pienso llegaría  
a matarme lo injusto del agravio.

-¡A matarla! ¡La hermosa criatura  
que apenas cuenta quince primaveras...! 15  
¡Nunca...! ¡Vive, mi santa, y no te mueras!

-Mi corazón de asombro y dolor llenas.

-¡Ah!, siento más tus penas que mis penas.

-¿Por qué, pues, me hablas de morir?

-¡Dios mío!

¿Por qué ya del sepulcro el viento frío 20  
lleva mi nave al ignorado puerto?

-¡No puede ser...! Mas oye: ¡vivo o muerto,  
tú solo y para siempre...! Te lo juro.

-No hay por qué jurar; mas si tan bello  
sueño al fin se cumpliera, sin enojos 25  
cerrando en paz los fatigados ojos,  
fuera a esperarte a mi sepulcro oscuro.  
Pero... es tan inconstante y tan liviano  
el flaco y débil corazón humano,  
que lo pienso, alma mía, y te lo digo, 30  
serás feliz más tarde o más temprano.

Y en tanto ella llorando protestaba,  
y él sonriendo, irónico y sombrío,  
en sus amantes brazos la estrechaba,  
cantaba un grillo en el vecino muro, 35  
y cual mudo testigo,  
la luna, que en el cielo se elevaba,  
sobre ambos reflejaba  
su fulgor siempre casto y siempre amigo.

## II

De polvo y fango nacidos, 40  
fango y polvo nos tornamos:  
¿por qué, pues, tanto luchamos  
si hemos de caer vencidos?

Quando esto piensa humilde y temerosa,  
como tiembla la rosa 45  
del viento al soplo airado,  
tiembla y busca el rincón más ignorado

para morir en paz si no dichosa.

### III

Los astros son innúmeros, al cielo  
no se le encuentra fin, 50  
y este pequeño mundo que habitamos,  
y que parece un punto en el espacio,  
inmenso es para mí.

Después... tantos y tantos  
cual las arenas del profundo mar, 55  
seres que nacen a la vida, y seres  
que sin parar su rápida carrera,  
incierto siempre, vienen o se van.

Que se van o se mueren, esta duda  
es en verdad cruel; 60  
pero ello es que nos vamos o nos dejan,  
sin saber si después de separarnos  
volveremos a hallarnos otra vez.

### IV

Y como todo al cabo  
tarde o temprano en este mundo pasa, 65  
lo que al principio eterno parecía,  
dio término a la larga.

¿Le mataron acaso, o es que se ha muerto  
de suyo aquello que quedará aún vivo?  
Imposible es saberlo, como nadie 70  
sabe al quedar dormido,  
en qué momento ha aprisionado el sueño  
sus despiertos sentidos.

### V

¡Que cuándo le ha olvidado!  
¿Quién lo recuerda en la mudable vida, 75  
ni puede asegurar si es que la herida  
del viejo amor con otro se ha curado?

¡Transcurrió el tiempo! -inevitable era  
que transcurriese-, y otro amante vino  
a hacerse cauteloso su camino 80  
por donde el muerto amante ya lo hiciera.

## VI

De pronto el corazón con ansia extrema,  
mezclada a un tiempo de placer y espanto,  
latió, mientras su labio murmuraba:  
-¡No, los muertos no vuelven de sus antros...! 85

Él era y no era él, mas su recuerdo,  
dormido en lo profundo  
del alma, despertóse con violencia  
rencoroso y adusto.

-No soy yo, ¡pero soy! -murmuró el viento-, 90  
y vuelvo, amada mía,  
desde la eternidad para dejarte  
ver otra vez mi incrédula sonrisa.

-¡Aún has de ser feliz! -te dije un tiempo,  
cuando me hallaba al borde de la tumba-. 95  
Aún has de amar; y tú, con fiero enojo,  
me respondiste: -¡Nunca!

-¡Ah!, ¿del mudable corazón has visto  
los recónditos pliegues?-,  
volví a decirte; y tú, llorando a mares, 100  
repetiste: -Tú solo, y para siempre.

Después, era una noche como aquéllas,  
y un rayo de la luna, el mismo acaso  
que a ti y a mí nos alumbró importuno,

os alumbraba a entrambos. 105

Cantaba un grillo en el vecino muro,  
y todo era silencio en la campiña;  
¿no te acuerdas, mujer? Yo vine entonces,  
sombra, remordimiento o pesadilla.

Mas tú, engañada recordando al muerto, 110  
pero también del vivo enamorada,  
te olvidaste del cielo y de la tierra  
y condenaste el alma.

Una vez, una sola,  
aterrada volviste de ti misma, 115  
como para sentir mejor la muerte  
de la sima al caer vuelve la víctima.

Y aun entonces, ¡extraño cuanto horrible  
reflejo del pasado!,  
el abrazo convulso de tu amante 120  
te recordó, mujer, nuestros abrazos.

¡Aún has de ser feliz! -te dije un tiempo  
y me engañé; no puede  
serlo quien lleva la traición por guía,  
y a su sombra mortífera se duerme. 125

-¡Aún has de amar! -te repetí, y amaste,  
y protector asilo  
diste, desventurada, a una serpiente  
en aquel corazón que fuera mío.

Emponzoñada estás, odios y penas 130  
te acosan y persiguen,  
y yo casi con lástima contemplo  
tu pecado y tu mancha irredimibles.

¡Mas, vengativo, al cabo yo te amaba  
ardientemente, yo te amo todavía! 135  
Vuelvo para dejarte  
ver otra vez mi incrédula sonrisa.

[ L ]

I

En mi pequeño huerto  
brilla la sonrosada margarita,  
tan fecunda y humilde,  
como agreste y sencilla.

Ella borda primores en el césped, 5  
y finge maravillas  
entre el fresco verdor de las praderas  
do proyectan sus sombras las encinas,  
y a orillas de la fuente y del arroyo  
que recorre en silencio las umbrías. 10

Y aun cuando el pie la huella, ella revive  
y vuelve a levantarse siempre limpia,  
a semejanza de las almas blancas  
que en vano quiere ennegrecer la envidia.

II

Cuando llega diciembre y las lluvias abundan, 15  
ellas con las acacias tornan a florecer,  
tan puras y tan frescas y tan llenas de aroma  
como aquellas que un tiempo con fervor adoré.

¡Loca ilusión la mía es en verdad, bien loca  
cuando mi propia mano honda tumba les dio! 20  
Y ya no son aquellas en cuyas hojas pálidas  
deposité mis besos... ni yo la misma soy.

[ LI ]

Todas las campanas con eco pausado  
doblaron a muerto:  
las de la basílica, las de las iglesias,  
las de los conventos.  
Desde el alba hasta entrada la noche 5  
no cesó el funeral clamoreo.  
¡Qué pompa! ¡Qué lujo!  
¡Qué fausto! ¡Qué entierro!

Pero no hubo ni adioses ni lágrimas,  
ni suspiros en torno del féretro... 10  
¡Grandes voces sí que hubo! Y cantáronle,  
cuando le enterraron, un réquiem soberbio.

[ LII ]

Siente unas lástimas,  
¡pero qué lástimas!  
Y tan extrañas y hondas ternuras...  
¡pero qué extrañas!

Llora a mares por ellos, 5  
les viste la mortaja  
y les hace las honras...  
después de que los mata.

[ LIII ]

De la noche en el vago silencio,  
cuando duermen o sueñan las flores,  
mientras ella despierta, combate  
contra el fuego de ocultas pasiones,  
y de su ángel guardián el auxilio 5  
implora invocando piadosa su nombre,  
el de ayer, el de hoy, el de siempre,  
fiel amigo del alma, Mefistófeles,  
en los hilos oculto del lino  
finísimo y blanco cual copo de espuma, 10  
en donde ella aún más blanca reclina  
la cabeza rubia,  
así astuto y sagaz, al oído  
de la hermosa en silencio murmura:

«Goza aquél de la vida, y se ríe 15  
y peca sin miedo del hoy y el mañana,  
mientras tú con ayunos y rezos  
y negros terrores tus horas amargas.  
Si del hombre la vida en la tumba  
¡oh, bella!, se acaba, 20  
¡qué profundo y cruel desengaño,  
qué chanza pesada  
te juega la suerte,  
le espera a tu alma! »

[ LIV ]

A la sombra te sientas de las desnudas rocas,  
y en el rincón te ocultas donde zumba el insecto,  
y allí donde las aguas estancadas dormitan  
y no hay hermanos seres que interrumpen tus sueños,  
¡quién supiera en qué piensas, amor de mis amores, 5  
cuando con leve paso y contenido aliento,  
temblando a que percibas mi agitación extrema,  
allí donde te escondes, ansiosa te sorprendo!

-¡Curiosidad maldita!, frío aguijón que hieres  
las femeninas almas, los varoniles pechos: 10  
tu fuerza impele al hombre a que busque la hondura  
del desencanto amargo y a que remueva el cieno  
donde se forman siempre los miasmas infectos.

-¿Qué has dicho de amargura y cieno y desencanto?  
¡Ah! No pronuncies frases, mi bien, que no comprendo; 15  
dime sólo en qué piensas cuando de mí te apartas  
y huyendo de los hombres vas buscando el silencio.

-Pienso en cosas tan tristes a veces y tan negras,  
y en otras tan extrañas y tan hermosas pienso,  
que... no lo sabrás nunca, porque lo que se ignora 20  
no nos daña si es malo, ni perturba si es bueno.  
Yo te lo digo, niña, a quien de veras amo:  
encierra el alma humana tan profundos misterios,  
que cuando a nuestros ojos un velo los oculta,  
es temeraria empresa descorrer ese velo; 25  
no pienses, pues, bien mío, no pienses en qué pienso.

-Pensaré noche y día, pues sin saberlo, muero.

Y cuenta que lo supo, y que la mató entonces  
la pena de saberlo.

[ LV ]

Cuido una planta bella  
que ama y busca la sombra,  
como la busca un alma  
huérfana, triste, enamorada y sola,  
y allí donde jamás la luz del día 5  
llega sino a través de las umbrosas  
ramas de un mirto y los cristales turbios  
de una ventana angosta,  
ella vive tan fresca y perfumada,  
y se torna más bella y más frondosa, 10  
y languidece y se marchita y muere

cuando un rayo de sol besa sus hojas.

Para el pájaro el aire, para el musgo la roca,  
los mares para el alga, mayo para las rosas;  
que todo ser o planta va buscando 15  
su natural atmósfera,  
y sucumbe bien pronto si es que a ella  
oculta mano sin piedad la roba.

Sólo el humano espíritu al rodar desquiciado  
desde su órbita a mundos tristes y desolados, 20  
ni sucumbe ni muere; que del dolor el mazo  
fuerte, que abate el polvo y que quebranta el barro  
mortal, romper no puede ni desatar los lazos  
que con lo eterno le unen por misterioso arcano.

Por eso yo que anhelo que el refulgente astro 25  
del día calor preste a mis miembros helados,  
aún aliento y resisto sin luz y sin espacio,  
como la planta bella que odia del sol el rayo.

Ya que otra luz más viva que la del sol dorado  
y otro calor más dulce en mi alma penetrando 30  
me anima y me sustenta con su secreto halago  
y da luz a mis ojos por el dolor cegados.

[ LVI ]

I

En los ecos del órgano o en el rumor del viento,  
en el fulgor de un astro o en la gota de lluvia,  
te adivinaba en todo y en todo te buscaba,  
sin encontrarte nunca.

Quizás después te ha hallado, te ha hallado y te ha

perdido 5  
otra vez, de la vida en la batalla ruda,  
ya que sigue buscándote y te adivina en todo,  
sin encontrarte nunca.

Pero sabe que existes y no eres vano sueño,  
hermosura sin nombre, pero perfecta y única; 10  
por eso vive triste, porque te busca siempre  
sin encontrarte nunca.

## II

Yo no sé lo que busco eternamente  
en la tierra, en el aire y en el cielo;  
yo no sé lo que busco, pero es algo 15  
que perdí no sé cuándo y que no encuentro,  
aun cuando sueñe que invisible habita  
en todo cuanto toco y cuanto veo.

Felicidad, no he volver a hallarte  
en la tierra, en el aire ni en el cielo, 20  
¡aun cuando sé que existes  
y no eres vano sueño!

[ LVII ]

Santa Escolástica

## I

Una tarde de abril, en que la tenue

llovizna triste humedecía en silencio  
de las desiertas calles las baldosas,  
mientras en los espacios resonaban  
las campanas con lentas vibraciones, 5  
dime a marchar, huyendo de mi sombra.

Bochornoso calor que enerva y rinde,  
si se cierne en la altura la tormenta,  
tornara el aire irrespirable y denso.  
Y el alma ansiosa y anhelante el pecho 10  
a impulsos del instinto iban buscando  
puro aliento en la tierra y en el cielo.

Soplo mortal creyérase que había  
dejado el mundo sin piedad desierto,  
convirtiendo en sepulcro a Compostela. 15  
Que en la santa ciudad, grave y vetusta,  
no hay rumores que turben importunos  
la paz ansiada en la apacible siesta.

## II

-¡Cementerio de vivos! -murmuraba  
yo al cruzar por las plazas silenciosas 20  
que otros días de glorias nos recuerdan.  
¿Es verdad que hubo aquí nombres famosos,  
guerreros indomables, grandes almas?  
¿Dónde hoy su raza varonil alienta?

La airosa puerta de Fonseca, muda, 25  
me mostró sus estatuas y relieves  
primorosos, encanto del artista;  
y del gran Hospital, la incomparable  
obra del genio, ante mis tristes ojos  
en el espacio dibujóse altiva. 30

Después la catedral, palacio místico  
de atrevidas románicas arcadas,  
y con su Gloria de bellezas llena,  
me pareció al mirarla que quería  
sobre mi frente desplomar, ya en ruinas, 35  
de sus torres la mole gigantesca.

Volví entonces el rostro, estremecida,  
hacia donde atrevida se destaca  
del Cebedeo la celeste imagen,  
como el alma del mártir, blanca y bella, 40  
y vencedora en su caballo airoso,  
que galopando en triunfo rasga el aire.

Y bajo el arco oscuro, en donde eterno  
del oculto torrente el rumor suena,  
me deslicé cual corza fugitiva, 45  
siempre andando al azar, con aquel paso  
errante del que busca en donde pueda  
de sí arrojar el peso de la vida.

Atrás quedaba aquella calle adusta,  
camino de los frailes y los muertos, 50  
siempre vacía y misteriosa siempre,  
con sus manchas de sombra gigantescas  
y sus claros de luz, que hacen más triste  
la soledad, y que los ojos hieren.

Y en tanto... la llovizna, como todo 55  
lo manso, terca, sin cesar regaba  
campos y plazas, calles y conventos  
que iluminaba el sol con rayo oblicuo  
a través de los húmedos vapores,  
blanquecinos a veces, otras negros. 60

### III

Ciudad extraña, hermosa y fea a un tiempo,  
a un tiempo apetecida y detestada,  
cual ser que nos atrae y nos desdeña:  
algo hay en ti que apaga el entusiasmo,  
y del mundo feliz de los ensueños 65  
a la aridez de la verdad nos lleva.  
¡De la verdad! ¡Del asesino honrado  
que impasible nos mata y nos entierra!

¡Y yo quería morir! La sin entrañas,  
sin conmoverse, me mostrara el negro 70

y oculto abismo que a mis pies abrieran;  
y helándome la sangre, fríamente,  
de amor y de esperanza me dejara,  
con sólo un golpe, para siempre huérfana.

«¡La gloria es humo! El cielo está tan alto 75  
y tan bajos nosotros, que la tierra  
que nos ha dado volverá a absorbernos.  
¡Afanarse y luchar, cuando es el hombre  
mortal ingrato y nula la victoria!  
¿Por qué, aunque haya Dios, vence el infierno?» 80

Así del dolor víctima, el espíritu  
se rebelaba contra cielo y tierra...  
mientras mi pie inseguro caminaba;  
cuando de par en par vi abierto el templo,  
de fieles despoblado, y donde apenas 85  
su resplandor las lámparas lanzaban.

#### IV

Majestad de los templos, mi alma femenina  
te siente, como siente las maternas dulzuras,  
las inquietudes vagas, las ternuras secretas  
y el temor a lo oculto tras de la inmensa altura. 90

¡Oh, majestad sagrada! En nuestra húmeda tierra  
más grande eres y augusta que en donde el sol ardiente  
inquieta con sus rayos vivísimos las sombras  
que al pie de los altares oran, velan o duermen.

Bajo las anchas bóvedas, mis pasos silenciosos 95  
resonaron con eco armonioso y pausado,  
cual resuena en la gruta la gota cristalina  
que lenta se desprende sobre el verdoso charco.

Y aun más que los acentos del órgano y la música  
sagrada, conmovióme aquel silencio místico 100  
que llenaba el espacio de indefinidas notas,  
tan sólo perceptibles al conturbado espíritu.

Del incienso y la cera el acusado aroma  
que impregnaba la atmósfera que allí se respiraba,  
no sé por qué, de pronto, despertó en mis sentidos 105  
de tiempos más dichosos reminiscencias largas.

Y mi mirada inquieta, cual buscando refugio  
para el alma, que sola luchaba entre tinieblas,  
recorrió los altares, esperando que acaso  
algún rayo celeste brillase al fin en ella. 110

Y... ¡no fue vano empeño ni ilusión engañosa!  
Suave, tibia, pálida la luz rasgó la bruma  
y penetró en el templo, cual entre la alegría  
de súbito en el pecho que las penas anublan.

¡Ya yo no estaba sola! En armonioso grupo, 115  
como visión soñada, se dibujó en el aire  
de un ángel y una santa el contorno divino,  
que en un nimbo envolvía vago el sol de la tarde.

Aquel candor, aquellos delicados perfiles  
de celestial belleza, y la inmortal sonrisa 120  
que hace entreabrir los labios del dulce mensajero  
mientras contempla el rostro de la virgen dormida

en el sueño del éxtasis, y en cuya frente casta  
se transparenta el fuego del amor puro y santo,  
más ardiente y más hondo que todos los amores 125  
que pudo abrigar nunca el corazón humano;

aquel grupo que deja absorto el pensamiento,  
que impresiona el espíritu y asombra la mirada,  
me hirió calladamente, como hiere los ojos  
cegados por la noche la blanca luz del alba. 130

Todo cuanto en mí había de pasión y ternura,  
de entusiasmo ferviente y gloriosos empeños,  
ante el sueño admirable que realizó el artista,  
volviendo a tomar vida, resucitó en mi pecho.

Sentí otra vez el fuego que ilumina y que crea 135  
los secretos anhelos, los amores sin nombre,  
que como al arpa eólica el viento, al alma arranca  
sus notas más vibrantes, sus más dulces canciones.

Y orando y bendiciendo al que es todo hermosura,  
se dobló mi rodilla, mi frente se inclinó 140  
ante Él, y conturbada, exclamé de repente:  
«¡Hay arte! ¡Hay poesía...! Debe haber cielo. ¡Hay  
Dios!»

[ LVIII ]

Dicen que no hablan las plantas, ni las fuentes, ni los  
pájaros,  
ni el onda con sus rumores, ni con su brillo los astros:  
lo dicen, pero no es cierto, pues siempre cuando yo paso  
de mí murmuran y exclaman:  
-Ahí va la loca, soñando  
con la eterna primavera de la vida y de los campos, 5  
y ya bien pronto, bien pronto, tendrá los cabellos canos,  
y ve temblando, aterida, que cubre la escarcha el prado.

-Hay canas en mi cabeza, hay en los prados escarcha;  
mas yo prosigo soñando, pobre, incurable sonámbula,  
con la eterna primavera de la vida que se apaga 10  
y la perenne frescura de los campos y las almas,  
aunque los unos se agostan y aunque las otras se abrasan.

Astros y fuentes y flores, no murmuréis de mis sueños;  
sin ellos, ¿cómo admiraros, ni cómo vivir sin ellos?

[ LIX ]

Cada vez que recuerda tanto oprobio,  
-cada vez digo ¡y lo recuerda siempre!-,  
avergonzada su alma  
quisiera en el no ser desvanecerse,  
como la blanca nube 5  
en el espacio azul se desvanece.

Recuerdo... lo que halaga hasta el delirio  
o da dolor hasta causar la muerte...  
no, no es sólo recuerdo,  
sino que es juntamente 10  
el pasado, el presente, el infinito,  
lo que fue, lo que es y ha de ser siempre.

[ LX ]

Recuerda el trinar del ave  
y el chasquido de los besos,  
los rumores de la selva  
cuando en ella gime el viento,  
y del mar las tempestades, 5  
y la bronca voz del trueno;  
todo halla un eco en las cuerdas  
del arpa que pulsa el genio.

Pero aquel sordo latido  
del corazón que está enfermo 10  
de muerte, y que de amor muere  
y que resuena en el pecho  
como un bordón que se rompe  
dentro de un sepulcro hueco,  
es tan triste y melancólico, 15  
tan terrible y tan supremo,  
que jamás el genio pudo  
repetirlo con sus ecos.

[ LXI ]

Del mar azul las transparentes olas  
mientras blandas murmuran  
sobre la arena, hasta mis pies rodando,  
tentadoras me besan y me buscan.

Inquietas lamen de mi planta el borde, 5  
lánzanme airosas su nevada espuma,  
y pienso que me llaman, que me atraen  
hacia sus salas húmedas.

Mas cuando ansiosa quiero  
seguirlas por la líquida llanura, 10  
se hunde mi pie en la linfa transparente  
y ellas de mí se burlan.

Y huyen abandonándome en la playa  
a la terrena, inacabable lucha,  
como en las tristes playas de la vida 15  
me abandonó inconstante la fortuna.

[ LXII ]

Si medito en tu eterna grandeza,  
buen Dios, a quien nunca veo,  
y levanto asombrada los ojos  
hacia el alto firmamento  
que llenaste de mundos y mundos... 5  
toda conturbada, pienso  
que soy menos que un átomo leve  
perdido en el universo;  
nada, en fin... y que al cabo en la nada  
han de perderse mis restos. 10

Mas si cuando el dolor y la duda  
me atormentan, corro al templo,

y a los pies de la Cruz un refugio  
busco ansiosa implorando remedio,  
de Jesús el cruento martirio 15  
tanto conmueve mi pecho,  
y adivino tan dulces promesas  
en sus dolores acerbos,  
que cual niño que reposa  
en el regazo materno, 20  
después de llorar, tranquila  
tras la expiación, espero  
que allá donde Dios habita  
he de proseguir viviendo.

[ LXIII ]

I

Los que a través de sus lágrimas,  
sin esfuerzo ni violencia,  
abren paso en el alma afligida  
al nuevo placer que llega;

los que tras de las fatigas 5  
de una existencia azarosa,  
al dar término al rudo combate  
cogen larga cosecha de gloria;

y, en fin, todos los dichosos,  
cuyo reino es de este mundo, 10  
y dudando o creyendo en el otro  
de la tierra se llevan los frutos;

¡con qué tedio oyen el grito  
del que en vano ha querido y no pudo  
arrojar de sus hombros la carga 15  
pesada del infortunio!

-Cada cual en silencio devore  
sus penas y sus afanes  
-dicen-, que es de animosos y fuertes  
el callar, y es la queja cobarde. 20

No el lúgubre vaticinio  
que el espíritu turba y sorprende,  
ni el inútil y eterno lamento  
importuno en los aires resuena.

¡Poeta!, en fáciles versos, 25  
y con estro que alienta los ánimos,  
ven a hablarnos de esperanzas,  
pero no de desengaños.

## II

¡Atrás, pues, mi dolor vano con sus acerbos gemidos  
que en la inmensidad se pierden, como los sordos  
bramidos 30  
del mar en las soledades que el líquido amargo llena!  
¡Atrás!, y que el denso velo de los inútiles lutos,  
rasgándose, libre paso deje al triunfo de los Brutos,  
que asesinados los Césares, ya ni dan premio ni pena...

Pordiosero vergonzante que en cada rincón desierto  
35  
tendiendo la enjuta mano detiene su paso incierto  
para entonar la salmodia que nadie escucha ni entiende,  
me pareces, dolor mío, de quien reniego en buen hora.  
¡Huye, pues, del alma enferma! Y tú, nueva y blanca  
aurora,  
toda de promesas harta, sobre mí tus rayos tiende. 40

## III

¡Pensamientos de alas negras!, huid, huid azorados,  
como bandada de cuervos por la tormenta acosados,  
o como abejas salvajes en quien el fuego hizo presa;

dejad que amanezca el día de resplandores benditos  
en cuya luz se presienten los placeres infinitos... 45  
¡y huid con vuestra perenne sombra que en el alma pesa!

¡Pensamientos de alas blancas!, ni gimamos ni  
roguemos  
como un tiempo, y en los mundos luminosos penetremos  
en donde nunca resuena la débil voz del caído,  
en donde el dorado sueño para en realidad segura, 50  
y de la humana flaqueza sobre la inmensa amargura  
y sobre el amor que mata, sus alas tiende el olvido.

Ni el recuerdo que atormenta con horrible pesadilla,  
ni la pobreza que abate, ni la miseria que humilla,  
ni de la injusticia el látigo, que al herir mancha y  
condena, 55  
ni la envidia y la calumnia más que el fuego asoladoras  
existen para el que siente que se deslizan sus horas  
del contento y la abundancia por la corriente serena.

Allí, donde nunca el llanto los párpados enrojece,  
donde por dicha se ignora que la humanidad padece 60  
y que hay seres que codician lo que harto el perro  
desdeña;  
allí, buscando un asilo, mis pensamientos dichosos  
a todo pesar ajenos, lejos de los tenebrosos  
antros del dolor, cantemos a la esperanza risueña.

Frescas voces juveniles, armoniosos instrumentos, 65  
¡venid!, que a vuestros acordes yo quiero unir mis  
acentos  
vigorosos, y el espacio llenar de animadas notas,  
y entre estatuas y entre flores, entrelazadas las manos,  
  
danzar en honor de todos los venturosos humanos  
del presente, del futuro y las edades remotas. 70

#### IV

Y mi voz, entre el concierto de las graves sinfonías,  
  
de las risas lisonjeras y las locas alegrías,

se alzó robusta y sonora con la inspiración ardiente  
que enciende en el alma altiva del entusiasmo la llama,  
y hace creer al que espera y hace esperar al que ama 75  
que hay un cielo en donde vive el amor eternamente.

Del labio amargado un día por lo acerbo de los males,  
  
como de fuente abundosa fluyó la miel a raudales,  
vertiéndose en copas de oro que mi mano orló de rosas,  
y bajo de los espléndidos y ricos artesonados, 80  
en los palacios inmensos y los salones dorados,  
fui como flor en quien beben perfumes las mariposas.

Los aplausos resonaban con estruendo en torno mío,  
como el vendaval resuena cuando se desborda el río  
por la lóbrega encañada que adusto el pinar sombrea; 85  
genio supremo y sublime del porvenir me aclamaron,  
y trofeos y coronas a mis plantas arrojaron,  
como a los pies del guerrero vencedor en la pelea.

## V

90 Mas un día, de aquel bello y encantado paraíso  
donde con tantas victorias la suerte brindarme quiso,  
  
volví al mundo desolado de mis antiguos amores,  
cual mendigo que a su albergue torna de riquezas lleno;  
pero al verme los que ausente me lloraron, de su seno  
me rechazaron cual suele rechazarse a los traidores.

100 Y con agudos silbidos y entre sonrisas burlonas, 95  
renegaron de mi numen y pisaron mis coronas,  
de sus iras envolviéndome en la furiosa tormenta;  
y sombrío y cabizbajo como Caín el maldito,  
el execrable anatema llevando en la frente escrito,  
refugio busqué en la sombra para devorar mi afrenta.

## VI

No hay mancha que siempre dure, ni culpa que  
perdonada  
deje de ser, si con llanto de contrición fue regada;  
así, cuando de la mía se borró el rastro infamante,  
como en el cielo se borra el de la estrella que pasa,  
pasé yo entre los mortales como el pie sobre la brasa,  
105  
sin volver atrás los ojos ni mirar hacia adelante.

Y a mi corazón le dije: «Si no es vano tu ardimiento  
y en ti el manantial rebosa del amor y el sentimiento,  
fuentes en donde el poeta apaga su sed divina,  
sé tú mi musa, y cantemos sin preguntarle a las gentes  
110  
si aman las alegres trovas o los suspiros dolientes,  
si gustan del sol que nace o buscan al que declina.»

[ LXIV ]

Mientras el hielo las cubre  
con sus hilos brillantes de plata,  
todas las plantas están ateridas,  
ateridas como mi alma.

Esos hielos para ellas 5  
son promesa de flores tempranas,  
son para mí silenciosos obreros  
que están tejiéndome la mortaja.

[ LXV ]

Pensaban que estaba ocioso

en sus prisiones estrechas,  
y nunca estarlo ha podido  
quien firme al pie de la brecha,  
en guerra desesperada 5  
contra sí mismo pelea.

Pensaban que estaba solo,  
y no lo estuvo jamás  
el forjador de fantasmas,  
que ve siempre en lo real 10  
lo falso, y en sus visiones  
la imagen de la verdad.

[ LXVI ]

Brillaban en la altura cual moribundas chispas,  
las pálidas estrellas,  
y abajo... muy abajo, en la callada selva,  
sentíanse en las hojas próximas a secarse,  
y en las marchitas hierbas, 5  
algo como estallidos de arterias que se rompen  
y huesos que se quiebran.  
¡Qué cosas tan extrañas finge una mente enferma!

Tan honda era la noche,  
la oscuridad tan densa, 10  
que ciega la pupila  
si se fijaba en ella,  
creía ver brillando entre la espesa sombra  
como en la inmensa altura las pálidas estrellas.  
¡Qué cosas tan extrañas se ven en las tinieblas! 15

En su ilusión, creyóse por el vacío envuelto,  
y en él queriendo hundirse  
y girar con los astros por el celeste piélago,  
fue a estrellarse en las rocas, que la noche ocultaba  
bajo su manto espeso. 20

[ LXVII ]

Son los corazones de algunas criaturas  
como los caminos muy transitados,  
donde las pisadas de los que ahora llegan,  
borran las pisadas de los que pasaron:  
no será posible que dejéis en ellos, 5  
de vuestro cariño, recuerdo ni rastro.

[ LXVIII ]

Al oír las canciones  
que en otro tiempo oía,  
del fondo en donde duermen mis pasiones  
el sueño de la nada,  
pienso que se alza irónica y sombría, 5  
la imagen ya enterrada  
de mis blancas y hermosas ilusiones,  
para decirme: -¡Necia!, lo que es ido  
¡no vuelve!; lo pasado se ha perdido  
como en la noche va a perderse el día, 10  
ni hay para la vejez resurrecciones...

¡Por Dios, no me cantéis esas canciones  
que en otro tiempo oía!

[ LXIX ]

Vosotros que del cielo que forjasteis  
vivís como Narciso enamorados,  
no lograréis cambiar de la criatura

en su esencia, la misma eternamente,  
los instintos innatos. 5

No borraréis jamás del alma humana  
el orgullo de raza, el amor patrio,  
la vanidad del propio valimiento,  
ni el orgullo del ser que se resiste  
a perder de su ser un solo átomo. 10

[ LXX ]

A la luna

I

¡Con qué pura y serena transparencia  
brilla esta noche la luna!  
A imagen de la cándida inocencia,  
no tiene mancha ninguna.

De su pálido rayo la luz pura 5  
como lluvia de oro cae  
sobre las largas cintas de verdura  
que la brisa lleva y trae.

Y el mármol de las tumbas ilumina  
con melancólica lumbre, 10  
y las corrientes de agua cristalina  
que bajan de la alta cumbre.

La lejana llanura, las praderas,  
el mar de espuma cubierto  
donde nacen las ondas plañideras, 15  
el blanco arenal desierto,

la iglesia, el campanario, el viejo muro,  
la ría en su curso varia,  
todo lo ves desde tu cenit puro,  
casta virgen solitaria. 20

## II

Todo lo ves, y todos los mortales,  
cuantos en el mundo habitan,  
en busca del alivio de sus males,  
tu blanca luz solicitan.

Unos para consuelo de dolores, 25  
otros tras de ensueños de oro  
que con vagos y tibios resplandores  
vierte tu rayo incoloro.

Y otros, en fin, para gustar contigo  
esas venturas robadas 30  
que huyen del sol, acusador testigo,  
pero no de tus miradas.

## III

Y yo, celosa como me dio el cielo  
y mi destino inconstante,  
correr quisiera un misterioso velo 35  
sobre tu casto semblante.

Y piensa mi exaltada fantasía  
que sólo yo te contemplo,  
y como que es hermosa en demasía  
te doy mi patria por templo. 40

Pues digo con orgullo que en la esfera  
jamás brilló luz alguna

que en su claro fulgor se pareciera  
a nuestra cándida luna.

Mas ¡qué delirio y qué ilusión tan vana 45  
esta que llena mi mente!  
De altísimas regiones soberana  
nos miras indiferente.

Y sigues en silencio tu camino  
siempre impasible y serena, 50  
dejándome sujeta a mi destino  
como el preso a su cadena.

Y a alumbrar vas un suelo más dichoso  
que nuestro encantado suelo,  
aunque no más fecundo y más hermoso, 55  
pues no le hay bajo del cielo.

No hizo Dios cual mi patria otra tan bella  
en luz, perfume y frescura,  
sólo que le dio en cambio mala estrella,  
dote de toda hermosura. 60

#### IV

Dígame, pues, adiós, tú, cuanto amada,  
indiferente y esquiva;  
¿qué eres al fin, ¡oh, hermosa!, comparada  
al que es llama ardiente y viva?

Adiós... adiós, y quiera la fortuna, 65  
descolorida doncella,  
que tierra tan feliz no halles ninguna  
como mi Galicia bella.

Y que al tornar viajera sin reposo  
de nuevo a nuestras regiones, 70  
en donde un tiempo el celta vigoroso  
te envió sus oraciones,

en vez de lutos como un tiempo, veas  
la abundancia en sus hogares,  
y que en ciudades, villas y en aldeas 75  
han vuelto los ausentes a sus lares.

[ LXXI ]

«Yo en mi lecho de abrojos,  
tú en tu lecho de rosas y de plumas;  
verdad dijo el que dijo que un abismo  
media entre mi miseria y tu fortuna.  
Mas yo no cambiaría 5  
por tu lecho mi lecho,  
pues rosas hay que manchan y emponzoñan,  
y abrojos que a través de su aspereza  
nos conducen al cielo.»

[ LXXII ]

Con ese orgullo de la honrada y triste  
miseria resignada a sus tormentos,  
la virgen pobre su canción entona  
en el mísero y lóbrego aposento,  
y allí otra voz murmura al mismo tiempo: 5

«Entre plumas y rosas descansemos,  
que hallo mejor anticipar los goces  
de la gloria en la tierra, y que impaciente  
por mí aguarde el infierno;  
el infierno a quien vence el que ha pecado 10  
con su arrepentimiento.  
¡Bien hayas tú, la que el placer apuras;  
y tú, pobre y ascética, mal hayas!  
La vida es breve, el porvenir oscuro,

cierta la muerte, y venturosa aquella 15  
que en vez de sueños realidades ama.»

Ella, triste, de súbito suspira  
interrumpiendo su cantar, y bañan,  
frías y silenciosas,  
su semblante las lágrimas. 20

¿Quién levantó tal tempestad de llanto  
en aquella alma blanca y sin rencores  
que aceptaba serena su desdicha,  
con fe esperando en los celestes dones?  
¡Quién! El perenne instigador oculto 25  
de la insidiosa duda; el monstruo informe  
que ya es la fiebre del carnal deseo,  
ya el montón de oro que al brillar corrompe,  
ya de amor puro la fingida imagen:  
otra vez el de siempre... ¡Mefistófeles! 30

Que aunque hoy así no se le llame, acaso  
proseguirá sin nombre la batalla,  
porque mudan los nombres, mas las cosas  
eternas, ni se mudan ni se cambian.

[ LXXIII ]

Viéndome perseguido por la alondra  
que en su rápido vuelo  
arrebatar me quiso en su piquillo  
para dar alimento a sus polluelos,

yo, diminuto insecto de alas de oro, 5  
refugio hallé en el cáliz de una rosa,  
y allí viví dichoso desde el alba  
hasta la nueva aurora.

Mas aunque era tan fresca y perfumada  
la rosa, como yo no encontró abrigo 10  
contra el viento, que alzándose en el bosque  
arrastróla en revuelto torbellino.

Y rodamos los dos en fango envueltos  
para ya nunca levantarse ella,  
y yo para llorar eternamente 15  
mi amor primero y mi ilusión postrera.

[ LXXIV ]

De repente los ecos divinos  
que en el tiempo se apagaron,  
desde lejos de nuevo llamáronle  
con el poderoso encanto  
que del fondo del sepulcro 5  
hizo levantar a Lázaro.

Agitóse al oírlos su alma  
y volvió de su sueño letárgico  
a la vida, como vuelve  
a su patria el desterrado 10  
que ve al fin los lugares queridos,  
mas no a los seres amados.

Alma que has despertado,  
vuelve a quedar dormida;  
no es que aparece el alba, 15  
es que ya muere el día  
y te envía en su rayo postrero  
la postrimera caricia.

[ LXXV ]

Si al festín de los dioses llegas tarde,  
ya del néctar celeste

que rebosó en las ánforas divinas  
sólo, alma triste, encontrarás las heces.

Mas aun así de su amargor dulcísimo 5  
conservarás tan íntimos recuerdos,  
que bastarán a consolar tus penas  
de la vida en el áspero desierto.

[ LXXVI ]

La palabra y la idea... Hay un abismo  
entre ambas cosas, orador sublime.  
Si es que supiste amar, di: cuando amaste,  
¿no es verdad, no es verdad que enmudeciste?

Cuando has aborrecido, ¿no has guardado 5  
silencioso la hiel de tus rencores  
en lo más hondo y escondido y negro  
que hallar puede en sí un hombre?

Un beso, una mirada,  
suavísimo lenguaje de los cielos; 10  
un puñal afilado, un golpe aleve,  
expresivo lenguaje del infierno.

Mas la palabra en vano  
cuando el odio o el amor llenan la vida,  
al convulsivo labio balbuciente 15  
se agolpa y precipita.

¡Qué ha de decir! Desventurada y muda,  
de tan hondos, tan íntimos secretos,  
la lengua humana, torpe, no traduce  
el velado misterio. 20

Palpita el corazón enfermo y triste,  
languidece el espíritu, he aquí todo;  
después se rompe el frágil  
vaso, y la esencia elévase a lo ignoto.

[ LXXVII ]

«Los muertos van de prisa»,  
el poeta lo ha dicho;  
van tan de prisa, que sus sombras pálidas  
se pierden del olvido en los abismos  
con mayor rapidez que la centella 5  
se pierde en los espacios infinitos.

«Los muertos van de prisa»; mas yo creo  
que aun mucho más de prisa van los vivos.  
¡Los vivos!, que con ansia abrasadora,  
cuando apenas vivieron 10  
un instante de gloria, un solo día  
de júbilo, y mucho antes de haber muerto,  
unos a otros sin piedad se entierran  
para heredarse presto.

[ LXXVIII ]

A sus plantas se agitan los hombres,  
como el salvaje hormiguero  
en cualquier rincón oculto  
de un camino olvidado y desierto.  
¡Cuál le irritan sus gritos de júbilo, 5  
sus risas y sus acentos,  
gratos como la esperanza,  
como la dicha soberbios!

Todos alegres se miran,  
se tropiezan, y en revuelto 10  
torbellino van y vienen  
a la luz de un sol espléndido,  
del cual tiene que ocultarse,  
roto, miserable, hambriento.

¡Ah!, si él fuera la nube plomiza 15  
que lleva el rayo en su seno,  
apagara la antorcha celeste  
con sus enlutados velos,  
y llenara de sombras el mundo

cual lo están sus pensamientos. 20

[ LXXIX ]

Era en abril, y de la nieve al peso  
aún se doblaron los morados lirios;  
era en diciembre, y se agostó la hierba  
al sol, como se agosta en el estío.

En verano o en invierno, no lo dudes, 5  
adulto, anciano o niño,  
y hierba y flor, son víctimas eternas  
de las amargas burlas del destino.

Sucumbe el joven, y encorvado, enfermo,  
sobrevive el anciano; muere el rico 10  
que ama la vida, y el mendigo hambriento  
que ama la muerte es como eterno vivo.

[ LXXX ]

Prodigando sonrisas  
que aplausos demandaban,  
apareció en la escena, alta la frente,  
soberbia la mirada,  
y sin ver ni pensar más que en sí misma, 5  
entre la turba aduladora y mansa  
que la aclamaba sol del universo,  
como noche de horror pudo aclamarla,  
pasó a mi lado y arrollarme quiso  
con su triunfal carroza de oro y nácar. 10  
Yo me aparté, y fijando mis pupilas  
en las suyas airadas:  
-¡Es la inmodestia! -al conocerla dije,  
y sin enojo la volví la espalda.

Mas tú cree y espera, ¡alma dichosa!, 15  
que al cabo ese es el sino  
feliz de los que elige el desengaño  
para llevar la palma del martirio.

[ LXXXI ]

### Las campanas

Yo las amo, yo las oigo  
cual oigo el rumor del viento,  
el murmurar de la fuente  
o el balido del cordero.

Como los pájaros, ellas, 5  
tan pronto asoma en los cielos  
el primer rayo del alba,  
le saludan con sus ecos.

Y en sus notas, que van repitiéndose  
por los llanos y los cerros, 10  
hay algo de candoroso,  
de apacible y de halagüeño.

Si por siempre enmudecieran,  
¡qué tristeza en el aire y el cielo!,  
¡qué silencio en las iglesias!, 15  
¡qué extrañeza entre los muertos!

[ LXXXII ]

En la altura los cuervos graznaban,  
los deudos gemían en torno del muerto,  
y las ondas airadas mezclaban  
sus bramidos al triste concierto.

Algo había de irónico y rudo 5  
en los ecos de tal sinfonía;  
algo negro, fantástico y mudo  
que del alma las cuerdas hería.

Bien pronto cesaron los fúnebres cantos,  
esparcióse la turba curiosa, 10  
acabaron gemidos y llantos  
y dejaron al muerto en su fosa.

Tan sólo a lo lejos, rasgando la bruma,  
del negro estandarte las orlas flotaron,  
como flota en el aire la pluma 15  
que al ave nocturna los vientos robaron.

[ LXXXIII ]

Ansia que ardiente crece,  
vertiginoso vuelo  
tras de algo que nos llama  
con murmurar incierto,  
sorpresas celestiales, 5  
dichas que nos asombran;  
así cuando buscamos lo escondido,  
así comienzan del amor las horas.

Inaplacable angustia,  
hondo dolor del alma, 10  
recuerdo que no muere,  
deseo que no acaba,  
vigilia de la noche,  
torpe sueño del día  
es lo que queda del placer gustado, 15  
es el fruto podrido de la vida.

[ LXXXIV ]

Aunque mi cuerpo se hiela,  
me imagino que me quemo;  
y es que el hielo algunas veces  
hace la impresión del fuego.

[ LXXXV ]

A las rubias envidias  
porque naciste con color moreno,  
y te parecen ellas blancos ángeles  
que han bajado del cielo.  
¡Ah!, pues no olvides, niña, 5  
y ten por cosa cierta,  
que mucho más que un ángel siempre pudo  
un demonio en la tierra.

[ LXXXVI ]

De este mundo en la comedia  
eterna, vienen y van  
bajo un mismo velo envueltas  
la mentira y la verdad;  
por eso al verlas el hombre 5  
tras del mágico cendal  
que vela la faz de entrambas,  
nunca puede adivinar  
con certeza cuál es de ellas  
la mentira o la verdad. 10

[ LXXXVII ]

Triste loco de atar el que ama menos  
le llama al que ama más;  
y terco impenitente, al que no olvida  
el que puede olvidar.

Del rico el pobre en su interior maldice, 5  
cual si él rico no fuera si pudiese,  
y aquél siente hacia el pobre lo que el blanco  
hacia las razas inferiores siente.

[ LXXXVIII ]

Justicia de los hombres, yo te busco,  
pero sólo te encuentro  
en la palabra, que tu nombre aplaude,  
mientras te niega tenazmente el hecho.

-Y tú, ¿dónde resides -me pregunto 5  
con aflicción-, justicia de los cielos,  
cuando el pecado es obra de un instante  
y durará la expiación terrible  
mientras dure el infierno?

[ LXXXIX ]

Sed de amores tenía, y dejaste  
que la apagase en tu boca,  
¡piadosa samaritana!,  
y te encontraste sin honra,

ignorando que hay labios que secan 5  
y que manchan cuanto tocan.

¡Lo ignorabas!... y ahora lo sabes!  
Pero yo sé también, pecadora  
compasiva, porque a veces  
hay compasiones traidoras, 10  
que si el sediento volviese  
a implorar misericordia,  
su sed de nuevo apagaras,  
samaritana piadosa.

No volverá, te lo juro; 15  
desde que una fuente enloda  
con su pico esas aves de paso,  
se van a beber a otra,

[ XC ]

Sintiéndose acabar con el estío  
la desahuciada enferma,  
-¡Moriré en el otoño!  
-pensó entre melancólica y contenta-,  
y sentiré rodar sobre mi tumba 5  
las hojas también muertas.

Mas... ni aun la muerte complacerla quiso,  
cruel también con ella;  
perdonóle la vida en el invierno  
y cuando todo renacía en la tierra 10  
la mató lentamente, entre los himnos  
alegres de la hermosa primavera.

[ XCI ]

Una cuerda tirante guarda mi seno

que al menor viento lanza siempre un gemido,  
mas no repite nunca más que un sonido  
monótono, vibrante, profundo y lleno.

Fue ayer y es hoy y siempre: 5  
al abrir mi ventana  
veo en Oriente amanecer la aurora,  
después hundirse el sol en lontananza.

Van tantos años de esto  
que cuando a muerto tocan, 10  
yo no sé si es pecado, pero digo:  
-¡Qué dichoso es el muerto, o qué dichosa!

[ XCII ]

¡No! No ha nacido para amar, sin duda,  
ni tampoco ha nacido para odiar,  
ya que el amor y el odio han lastimado  
su corazón de una manera igual.

Como la dura roca 5  
de algún arroyo solitario al pie,  
inmóvil y olvidado anhelaría  
ya vivir sin amar ni aborrecer.

[ XCIII ]

Al caer despeñado en la hondura  
desde la alta cima,  
duras rocas quebraron sus huesos,  
hirieron sus carnes agudas espinas,  
y el torrente de lecho sombrío, 5

rasgando sus linfas  
y entreabriendo los húmedos labios,  
vino a darle su beso de muerte  
cerrando en los suyos el paso a la vida.

Despertáronle luego, y temblando 10  
de angustia y de miedo,  
-¡Ah!, ¿por qué despertar? -preguntóse  
después de haber muerto.

Al pie de su tumba  
con violados y ardientes reflejos, 15  
flotando en la niebla  
vio dos ojos brillantes de fuego  
que al mirarle ahuyentaban el frío  
de la muerte templando su seno.

Y del yermo sin fin de su espíritu 20  
ya vuelto a la vida, rompiéndose el hielo,  
sintió al cabo brotar en el alma  
la flor de la dicha, que engendra el deseo.

Dios no quiso que entrase infecunda  
en la fértil región de los cielos; 25  
piedad tuvo del ánimo triste  
que el germen guardaba de goces eternos.

[ XCIV ]

Desde los cuatro puntos cardinales  
de nuestro buen planeta  
-joven, pese a sus múltiples arrugas-,  
miles de inteligencias  
poderosas y activas 5  
para ensanchar los campos de la ciencia,  
tan vastos ya que la razón se pierde  
en sus frondas inmensas,  
acuden a la cita que el progreso  
les da desde su templo de cien puertas. 10

Obreros incansables, yo os saludo,  
llena de asombro y de respeto llena,  
viendo cómo la Fe que guió un día  
hacia el desierto al santo anacoreta,  
hoy con la misma venda transparente 15  
hasta el umbral de lo imposible os lleva.  
¡Esperad y creed!, crea el que cree,  
y ama con doble ardor aquel que espera.

Pero yo en el rincón más escondido  
y también más hermoso de la tierra, 20  
sin esperar a Ulises,  
que el nuestro ha naufragado en la tormenta,  
semejante a Penélope  
tejo y destejo sin cesar mi tela,  
pensando que ésta es del destino humano 25  
la incansable tarea,  
y que ahora subiendo, ahora bajando,  
unas veces con luz y otras a ciegas,  
cumplimos nuestros días y llegamos  
más tarde o más temprano a la ribera. 30

[ XCV ]

Aún otra amarga gota en el mar sin orillas  
donde lo grande pasa de prisa y lo pequeño  
desaparece o se hunde, como piedra arrojada  
de las aguas profundas al estancado légamo.

Vicio, pasión, o acaso enfermedad del alma, 5  
débil a caer vuelve siempre en la tentación.  
Y escribe como escriben las olas en la arena,  
el viento en la laguna y en la neblina el sol.

Mas nunca nos asombra que trine o cante el ave,  
ni que eterna repita sus murmullos el agua; 10  
canta, pues, ¡oh poeta!, canta, que no eres menos  
que el ave y el arroyo que armonioso se arrastra.

[ XCVI ]

En incesante encarnizada lucha,  
en pugilato eterno,  
unos tras otros al palenque vienen  
para luchar, seguidos del estruendo  
de los aplausos prodigados siempre 5  
de un modo igual a todos.  
Todos genios  
sublimes e inmortales se proclaman  
sin rubor; mas bien pronto  
al ruido de la efímera victoria  
se sucede el silencio 10  
sepulcral del olvido, y juntos todos,  
los grandes, los medianos, los pequeños,  
cual en tumba común, perdidos quedan  
sin que nadie se acuerde que existieron.

[ XCVII ]

Glorias hay que deslumbran, cual deslumbra  
el vivo resplandor de los relámpagos,  
y que como él se apagan en la sombra,  
sin dejar de su luz huella ni rastro.

Yo prefiero a ese brillo de un instante, 5  
la triste soledad donde batallo,  
y donde nunca a perturbar mi espíritu  
llega el vano rumor de los aplausos.

[ XCVIII ]

¡Oh, gloria!, deidad vana cual todas las deidades  
que en el orgullo humano tienen altar y asiento,  
jamás te rendí culto, jamás mi frente altiva  
se inclinó de tu trono ante el dosel soberbio.

En el dintel oscuro de mi pobre morada 5  
no espero que detengas el breve alado pie;  
porque jamás mi alma te persiguió en sus sueños,  
ni de tu amor voluble quiso gustar la miel.

¡Cuántos te han alcanzado que no te merecían,  
y cuántos cuyo nombre debiste hacer eterno, 10  
en brazos del olvido más triste y más profundo  
perdidos para siempre duermen el postrer sueño!

2006 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la  
[Biblioteca Virtual Universal](#) [www.biblioteca.org.ar](http://www.biblioteca.org.ar)

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite  
el siguiente [enlace](#). [www.biblioteca.org.ar/comentario](http://www.biblioteca.org.ar/comentario)



**editorial del cardo**